

A dramatic seascape with a storm brewing, featuring a newspaper boat in the foreground. The sky is filled with dark, heavy clouds, and the sea is turbulent with white foam. In the foreground, a boat made of folded newspaper is being tossed by the waves. The boat has various text on it, including "MORE", "Coachtrips S.L.", and "www.famatin.com".

II Certamen Nacional de Relatos

En mi verso soy libre

Relatos 2009

Coordinadores: Raquel Pulido Gómez
José Emilio Linares Garriga

II CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2009

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Emilio Linares Garriga



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General

© Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

© De los textos:

Aladina, Nahia Alonso León, José Arés Fernández, Iker Bento Codeso, Gustavo Bernal Adán, Begoña Cano Alcolea, Mireia Denuc Pallarés, Esther Díaz Camacho, Ángel Fernández Ocañas, Raquel Ferrer Peña, Nuria Folguera Blasco, Patricia Galán Pérez, Estíbaliz González Catalinal, Palma Iglesias Gavilán, Matilde Klinkhart, Beatriz López-Ayllón Pariente, María Martínez López, Claudia Navas Sardà, Eduardo Navia-Osorio Bruno, Alejandro Noguera Gambín, Nube Negra, Carmen Olmos López, Lidia Paredes de la Cal, Ping Ping Zhu, M^a del Carmen Rochina Castillo, Ángel Rodríguez López, David Sánchez-Seco Merino, Miriam Vázquez Pérez.

© De las ilustraciones:

Remedios Amóros Pérez, Carlos Arellano Ferrer, Carolina Arocas Cánovas, Juan Mariano Balibrea Piqueras, Zacarías Cerezo Ortín, José Claros Castillo, Juan Antonio Cortés Abellán, Manolo Delgado Martínez, Pepa Gabaldón Pastor, Emilio Galcerá Jornet, Francisco García García, Ignacio García García, Leonor García López, Eva García Pinar, Enrique Juana Andújar, M^a Ascensión López Vicente, Antonia Martínez Martínez, Blas Miras Lorente, M^a Mercedes Molina-Niñirola, M^a Jesús Pellús Fenoll, Germán Rama Palacios, Francisco Riquelme Mellado, Mario Rubio Moheda, Basilio Ruzafa García, Eva Sánchez-Crespo, Aurora Sánchez Jiménez, Isabel M^a Sánchez López, Luis Soler Valcárcel, Francisco Vico Padilla.

© Del CD:

Grabación, edición y música original cabecera:

Jesús López Mondejar

Microfonía:

Andrés Meseguer

Voces de narración:

Luisa Aguayo Giménez, Pilar Carrasco Lluch, Ana Ferrer Mendoza, Pedro J. García Gambín, Jesús López Mondejar, Roberto Pujol Sáez, Raquel Pulido Gómez.

1ª Edición, Abril 2009

ISBN: 978-84-691-8576-6

Depósito Legal: MU-1.344-2009

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: FG Graf, S.L

fggraf@gmail.com

Índice

Prólogo	7
---------------	---

CATEGORÍA A

Un monstruo en el hospital	13
David Sánchez-Seco Merino. Ilustración: Juan Antonio Cortés Abellán	
Cuatro días en el mar	17
Estíbaliz González Catalinal. Ilustración: Ignacio García García	
La bolera embrujada	21
Lidia Paredes de la Cal. Ilustración: Remedios Amóros Pérez	
El hospital encantado	25
Nahia Alonso León. Ilustración: Blas Miras Lorente	
El inválido Liter	29
Gustavo Bernal Adán. Ilustración: Leonor García López	
Buenos aires	33
Ángel Rodríguez López. Ilustración: Enrique Juana Andújar	

CATEGORÍA B

Mi ingreso	39
Palma Iglesias Gavilán. Ilustración: Mario Rubio Moheda	
Otros efectos	47
Patricia Galán Pérez. Ilustración: Eva Sánchez-Crespo	
El final de mi vida	53
Esther Díaz Camacho. Ilustración: Juan Mariano Balibrea Piqueras	
7 de octubre de 2008	61
Claudia Navas Sardà. Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
El anillo	65
Eduardo Navia-Osorio Bruno. Ilustración: M ^a Mercedes Molina-Niñirola	

La niña exorcista	69
Iker Bento Codeso. Ilustración: José Claros Castillo	
Los muñecos de nieve infernales	73
José Arés Fernández. Ilustración: Pepa Gabaldón Pastor	
Siglo X	77
Ping Ping Zhu. Ilustración: Isabel M ^a Sánchez López	
Mirar el futuro	83
Nube Negra. Ilustración: Basilio Ruzafa García	
El terror sólo es una parte del juego	87
Mireia Denuc Pallarés. Ilustración: Eva García Pinar	
Mi ingreso en el hospital	93
Aladina. Ilustración: Carolina Arocas Cánovas	
Un día en el hospital	97
Alejandro Nogueria Gambín. Ilustración: Antonia Martínez Martínez	

CATEGORÍA C

Miedo a la vida	103
Carmen Olmos López. Ilustración: Zacarías Cerezo Ortín	
El túnel	111
Ángel Fernández Ocañas. Ilustración: Germán Rama Palacios	
Todos tenemos miedo	115
M ^a del Carmen Rochina Castillo. Ilustración: Manolo Delgado Martínez	
El miedo	123
Raquel Ferrer Peña. Ilustración: Luis Soler Valcárcel	
Por favor, ¡basta ya de horror!	129
Nuria Folguera Blasco. Ilustración: M ^a Jesús Pellús Fenoll	
Eso sí que es miedo	135
María Martínez López. Ilustración: M ^a Ascensión López Vicente	
Mi calle	139
Beatriz López-Ayllón Pariente. Ilustración: Francisco Vico Padilla	
Miedo a perderlo todo en tres segundos	145
Matilde Klinkhart. Ilustración: Aurora I. Sánchez Jiménez	
El temor de mi tumor	151
Miriam Vázquez Pérez. Ilustración: Francisco García García	
A través de la ventana	159
Begoña Cano Alcolea. Ilustración: Carlos Arellano Ferrer	

Prólogo

Este libro que tienes en las manos transmite un conjunto de emociones, inquietudes y esperanzas de sus autores: alumnos y alumnas que en un momento de sus vidas se han visto invadidos por procesos de enfermedad. Está compuesto por los relatos presentados en el II Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Este Certamen, organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo está dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias de nuestro país. Se trata de un proyecto que trasciende de las actividades de animación a la lectura y la escritura, dirigido a potenciar en los niños, niñas y adolescentes que sufren alguna enfermedad el amor hacia los libros y enfocado a despertar o incentivar sus capacidades creativas y literarias.

Está compuesto por 28 relatos que han permitido expresar las emociones de estos niños y niñas a través de la escritura y que han sido seleccionados por el jurado, compuesto por expertos en literatura infantil, profesores de Aulas Hospitalarias y representantes de la Consejería de Educación, Formación y Empleo de la Región de Murcia, entre los 176 relatos presentados en esta edición.

Se podría decir que éste es un libro más que nada pletórico de humanidad, la que desprenden unos relatos de todo punto

imprescindibles. Pero no se trata solo de eso, hay más, este certamen se va consolidando poco a poco y de un año a otro, como si nuestros concursantes supieran de la importancia de sus palabras, de que sus textos lleguen más allá de las cuatro paredes del hospital, a otras provincias de España, a otros chavales que se encuentran como ellos, en la difícil situación que les llevó, por diversas circunstancias, al ingreso en un hospital.

Relatos que, te aseguro, llegan a emocionar, llenos de imaginación, de miedo (el tema de esta edición del certamen) pero sobre todo de esperanza y de ilusión.

La lectura de este libro no te va a dejar impasible. Vas a leer más allá de cada historia.

No hay mejor forma de transmitir fuerza y esperanza a un niño enfermo que las palabras de otro niño que ha pasado por su misma situación. Y si esas palabras acuden a nosotros, en forma de relatos y sueños, mucho mejor.

Disfruta con su lectura.

Aurora Fernández Martínez
Directora General de Ordenación Académica

En Murcia, a 23 de febrero de 2009, bajo la presidencia de Doña Raquel Pulido Gómez, se reunió el Jurado correspondiente al **II Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”** formado por:

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Ana M^a Ferrer Mendoza

Dña. Aurora Gil Bohórquez

Dña. Rocío Lineros Quintero

Dña. Marisa López Soria

D. Ángel Peñalver Martínez

El fallo de dicho Jurado concedió los premios a la presente edición a:

Categoría A. Entre 6 y 9 años:

David Sánchez-Seco Merino, por “Un monstruo en el hospital”

Categoría B. Entre 10 y 13 años:

Palma Iglesias Gavilán, por “Mi ingreso”

Categoría C. Entre 14 y 17 años:

Carmen Olmos López, por “Miedo a la vida”

CATEGORÍA A



GANADOR CATEGORÍA A

Un monstruo en el hospital

David Sánchez-Seco Merino

Aulas Hospitalarias del Hospital de Fuenlabrada (Madrid)

Hoy es miércoles. Hace un día estupendo para jugar, escribir y patinar; pero me traen al Hospital.

Siento calor, enfado, hambre, sueño... ¡casi de todo!

Me han regalado unos Gormitis.

De pronto veo que “Subterráneo”, uno de los Gormitis, empieza a crecer y crecer hasta llegar a los cincuenta metros.

Yo le miro sorprendido.

Subterráneo comienza a caminar a cuatro patas. No cabe en la habitación.

Un fuerte olor a gases sale de su boca cada vez que la abre.

Quiere decir algo:

– ¡Hijeyyya!

No le entiendo.

Sale al pasillo y va pisando y rompiendo todo. El suelo se llena de sueros, de cristales, de gasas, de tiritas...

Pisa unos cables y la luz se va. Todo se queda a oscuras y se oyen gritos, rugidos, llantos de bebés...

Estoy asustado y tengo miedo porque Subterráneo es un muñeco mío.

Por el pasillo todos corren, gritan y se chocan. Está muy oscuro.

Salgo al pasillo y no veo nada. Tocando por las paredes, como hago en mi casa para no despertar a mi hermanito, voy a buscarle.

¡Por fin le encuentro! Hablo con él y se tranquiliza. Los dos estamos asustados porque no sabemos lo que ocurre. Me temo que tendrá que pagar con sus ahorros lo que ha roto.

Abro los ojos y veo a mi abuela y a mi abuelo en la habitación del Hospital.

– Abuela, ¡qué miedo he pasado!

– Por eso te movías tanto mientras dormías –dice mi abuela.

Subterráneo está en la mesa con los otros Gormitis y no mide cincuenta metros.



Cuatro días en el mar

Estíbaliz González Catalinal [9 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Era un día muy nublado, yo tenía que coger un barco para ir a Estados Unidos con mis padres. Estaba contenta porque me apetecía conocer ese nuevo continente, pero a la vez tenía un poco de miedo a que me pasara algo malo, pero me aguantaba.

Nada más embarcar se levantó un huracán, yo tuve más miedo pero me contuve; al poco tiempo, las mesas se empezaron a mover, las sillas, las camas de los camarotes... De repente, una ola gigante casi tapa el barco; las azafatas nos pidieron que fuéramos a nuestros camarotes.

Me metí debajo de la cama y no me moví ni un milímetro; no sé el tiempo que pasó pero me quedé dormida y empecé a soñar que el barco estaba roto por la mitad y que estábamos en medio de la nada, en el mar inmenso. Me puse a llorar porque no sabía dónde estaban mis padres, y de pronto apareció el dios del mar: Neptuno, con su corona y su tridente.

Sorprendida le pregunté:

– ¿Qué haces aquí?, ¿has dejado a Ariel, la Sirenita, sola?, ¿qué está ocurriendo?...

Neptuno me respondió:

– No te preocupes, no llores, te voy a decir un secreto que no podrás contar a nadie: Todo esto, aunque de miedo, no es más que una tormenta que se ha producido porque he perdido el diamante de mi corona en este barco y hasta que no lo encuentre, la tormenta no cesará. Sólo tú me puedes ayudar a encontrarlo. Me puse muy nerviosa y empecé a buscar el diamante por todo el barco. Yo cada vez tenía más miedo porque veía a todo el mundo angustiado; y así pasaron cuatro días, con cuatro noches oscurísimas, sin agua para beber, sin comida, con mucho miedo... y el diamante no aparecía.

De repente una puerta golpeó la pared, pegué un grito y me desperté. Todo había sido un sueño y mis padres estaban a mi lado, intentando tranquilizarme, pero yo veía aún el barco casi roto por completo, y seguíamos perdidos en el mar. Me froté los ojos, miré bien y... ví el resplandor del diamante. Cerré los ojos y al abrirlos de nuevo ví a Neptuno que me sonreía, cogía el diamante y lo colocaba en su corona.

Ya no había tormenta, el mar estaba en calma, el barco estaba perfecto, ya no tenía nadie miedo y todo el mundo sonreía.

Al fin llegamos a Estados Unidos contentos y dispuestos a pasarlo bien.



La bolera embrujada

Lidia Paredes de la Cal [8 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Érase una vez una bolera embrujada, cuya dueña era la malvada bruja Tragabolos. La bruja Tragabolos comía bolos y niños, aunque en realidad era un gato convertido en bruja por un hechizo.

Un día fue a jugar a los bolos el equipo llamado “Casipeludo” (se llamaba así porque eran casi todos peludos, menos las chicas). Este equipo estaba formado por Abel, Lydia, Andrea, Sonia y Gabriel.

A llegar a la bolera, los amigos fueron muy contentos al mostrador de la bruja que les miraba con cara de mala, a buscar sus calcetines y zapatillas.

Cuando ya estaban calzados y preparados, echaron a suertes con “el pito, pito gorgorito...” para saber el orden de lanzar las bolas, y empezaron a jugar.

Pero ellos no sabían que la bruja era muy perversa y tenía un plan preparado para ellos. El plan era el siguiente:

Lydia tiraría primero la bola y la bruja se la comería. Andrea iría a buscar la bola dentro y la bruja estaría esperando y se comería también a Andrea.

Así fue. Los demás amigos estuvieron esperándola un rato pero no llegaba y decidieron que tirara el siguiente, que era Sonia, pero ocurrió lo mismo. La bola y Sonia, desaparecieron. Además se oían risas muy fuertes por toda la bolera y no sabían de dónde venían,

Lydia, Abel y Gabriel empezaron a asustarse y a preocuparse por sus amigas. No sabían qué hacer. Sospechaban que todo esto sucedía por el hechizo de la bruja.

De pronto vieron la sombra de la bruja y se fijaron que en una estantería había bolos rellenos de cohetes mágicos.

Rápidamente Abel, Lidia y Gabriel cogieron un cohete mágico cada uno y lo lanzaron a la sombra de la bruja. Entonces la bruja Tragabolos, pegó un salto, un grito y desapareció.

Al momento aparecieron Sonia y Andrea felices y con un gatito precioso. El gatito era la bruja que había perdido su magia y se había transformado en el animal que antes del hechizo había sido.

Los cuatro amigos volvieron a casa y no paraban de contar la historia que les había ocurrido. Al gato le llamaron "Bolero".



El hospital encantado

Nahia Alonso León [8 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Hola, soy Irene y estoy en un hospital encantado gracias a una neumonía; bueno, a lo que vamos, vine aquí ayer y empecé a sospechar que aquí ocurría algo raro, cuando vi que los ojos del doctor brillaban en plena noche.

Sospeché aún más cuando los ojos de la enfermera se dieron la vuelta delante de mis propios ojos ¡Se dieron la vuelta!

Mi historia empezó realmente un día de lluvia con un resfriado fuerte que me llevó a un hospital. Parecía un hospital normal y corriente pero tenía un secreto: estaba lleno de monstruos.

Mi primera aventura ocurrió al tercer día de venir aquí...

Todo fue así: me subí en un ascensor del hospital y pasó algo increíble: los botones del ascensor se convirtieron en un código de monstruos. Presioné un botón y salieron un montón de monstruos horribles y me trasladaron a su mundo infernal.

Estaba muy asustada y de repente vi a un montón de niños con pijama, como yo, que habían pasado por el mismo hospital y se habían convertido en los prisioneros de los monstruos. Comprendimos que el médico era un monstruo, y su nombre era Dr.

Spiderwich y las enfermeras eran sus brujas ayudantes. Querían realizar experimentos con nosotros y todos estábamos temblando de miedo.

Aquella noche nos llevaron a una habitación secreta, pero no podíamos dormir y pensamos que había que hacer algo para escapar de allí.

Una chica pelirroja tuvo una buena idea. Había guardado en el bolsillo del pijama el termómetro porque oyó decir a la enfermera que era mágico y todos se pusieron de acuerdo para pedirle que nos sacara de allí.

En cuanto lo dijimos, el termómetro se transformó en una nube gigante que nos acogió a todos y nos trasladó a un hospital bueno y normal, donde pronto nos curamos y pudimos volver contentos a nuestras casas.



El inválido Liter

Gustavo Bernal Adán [9 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario "Virgen de la Arrixaca" de Murcia

Esto era una vez un niño inválido que se llamaba Liter y vivía en un hospicio. Todos los niños que pasaban por allí eran adoptados pero a él nadie lo quería. Un día el hospicio cerró y solo quedó Liter. Con el paso de los años fue acostumbrándose a vivir solo en aquel viejo edificio. Una noche a las cuatro y media de la mañana Liter oyó un ruido extraño y, al levantarse, caminó hacia una sala que nunca había visitado, vio un cuadro de un payaso que sonreía con las palmas de las manos hacia fuera. Liter comprobó que el ruido lo había causado un pequeño ratón que había tirado, sin querer, unas tijeras.

Al día siguiente Liter encontró un cuchillo clavado al lado de su cama. Volvió, de nuevo a la sala donde estaba el cuadro y observó que al payaso le faltaba un dedo de su mano izquierda. Así al levantarse cada mañana, encontraba un nuevo cuchillo alrededor de su cama y un dedo menos en las manos del payaso hasta que le quedó uno sólo.

Liter sentía miedo y esa noche despertó antes de que amaneciera y vio una sombra con un cuchillo en la mano, era el payaso del cuadro. Él, muerto de miedo, se hizo el dormido y sintió como

le clavaban un cuchillo en su corazón. Luego vio como el payaso sacaba el cuchillo, se cortaba el dedo y volvía a clavar el cuchillo en el corazón de Liter.

A la mañana siguiente la policía encontró el cuadro del payaso sin dedos en el suelo y nueve cuchillos alrededor de la cama de un niño que tenía un cuchillo en el corazón.



Angie Traves

Buenos aires

Ángel Rodríguez López [7 Años]

Aulas Hospitalarias Hospital Cristal Piñoar de Orense

Esta historia transcurre en Buenos Aires, donde había un fantasma que estaba subido a un árbol para echarse encima de la gente que estaba paseando por allí.

Estaba yo un domingo paseando en bicicleta con mis padres y cuando pasé por debajo de aquel árbol saltó un fantasma encima de mí pero no acertó y se cayó de morros en el suelo. No se hizo daño porque tuvo el poder de rebotar.

Del susto que llevé me caí de la bici al chocar contra un árbol.

Me empezó a sangrar la nariz y lloré mucho, con la mezcla de las lágrimas y la sangre salieron fantasmitas pequeños de mi cara volando hasta el fantasma grande.

De repente el bosque se llenó de fantasmas y toda la gente empezó a correr desesperadamente y así fue como el bosque se quedó solitario para siempre. Nunca jamás nadie paseó por allí.

CATEGORÍA B



Mi ingreso

Palma Iglesias Gavilán [12 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

1. LLEGO AL HOSPITAL

Cuando me dijeron que tenía que ingresar en el hospital me paralicé. ¿Yo? ¿Por qué? Yo sabía que estaba mala, pero no pensaba que fuera para tanto... Mamá había ido a hablar con el médico y éste le había dicho que me convenía un ingreso. Qué mal rollo, ahora tendría que pasar una época como aquella (mala, sin fuerzas para hacer nada) en un hospital. Vaya encerrona.

Me sentó mal, pero no quise pensarlo demasiado así que me limité a hacer el bolso con el pijama, el neceser...lo que yo suponía “necesario” para un hospital.

Subí al coche con Papá, puse la música... y me puse en camino a lo que sería mi destino durante, como mucho, la siguiente semana (o eso creía yo).

Bueno, llegué al hospital y la verdad es que el panorama no era muy alentador: médicos con bata, niños que berreaban y madres que acababan de serlo... nada que no se pudiera esperar de un hospital. Estuvimos esperando unos minutos (para mí inter-

minables) delante de la puerta de aquella consulta de la que no dejaban de salir niños y más niños; a cada cual con peor cara. Por fin, nos llamaron. Me llevé una ¿grata? sorpresa; el médico que me iba a ver allí era mi médico de toda la vida pero, la verdad, eso no me tranquilizó mucho. Después me hicieron una entrevista para ver qué me pasaba, mis hábitos y cómo podían ayudarme; esa entrevista me resultó bastante incómoda. Cuando terminé me llevaron a mi habitación: estaba pintada de un azul desvaído, cosa que acentuaba aún más la sensación de depresión.

A Papá se le veía preocupado, estuvo todo el día conmigo hasta que llegó Mamá pero los echaron a los dos por la noche. Yo dije que no pasaba nada, que estaba bien, pero la verdad es que ESTABA ASUSTADA.

Y entonces me quedé solita. Fue una de las peores noches de mi vida: dormí incómoda (no estaba en mi camita con mi mantita de pelo), con frío, sin música relajante y para colmo me desvelé, cosa que no me pasaba desde hacía diez años (algo iba mal); pero no quise pensar demasiado en nada. Ya vería al día siguiente de qué iba aquello.

2. Y TODO EMPEORÓ

La cosa iba peor de lo que me esperaba: me despertaban temprano, me daban de comer comida hecha hacía por lo menos dos días (o sea, de hospital), me hacían duchar con prisas para ir a clase y para colmo... ¡Tenía que ir al psicólogo! Yo no es que estuviera en contra de hablar con nadie ni nada por el estilo, pero nunca pensé que a mí me fuera a hacer falta, la verdad. Fui a hablar con ella (porque era ELLA) y me comentó cómo iba a ir

más o menos el ingreso, cosa que no me hizo ni pizca de gracia; ya que tenía unas condiciones bastante "chungas", por decirlo de alguna manera: mis padres iban a tener que cumplir unas horas determinadas de visita (¡JA! ¡MIS PROPIOS PADRES!), iba a tener que hacer mucho caso a todos los auxiliares y enfermeros (jopetas ¡yo soy un espíritu libre!) e iban a tener que llevar un control estricto sobre TODO lo que hiciera dentro del hospital (baño, comida, visitas, ratos libres...). Después de hablar de todo eso, me quedé hecha polvo y sin ganas de hacer nada ni de ver a nadie.

Pero aquello no mejoró en los días sucesivos. Cada día me deprimía más y me metía más en la rutina del hospital (visitas deprimentes al psicólogo incluidas). No tenía ganas de hacer nada por recuperarme, ni por hacer caso a la psicóloga ni a los enfermeros... cada día me llevaba peor con mis padres, las visitas eran muy pesadas porque, aparte, me faltaban las fuerzas para hablar. Cada día me deterioraba más y mis padres estaban muy preocupados (pero la que estaba allí encerrada era yo). Simplemente dormía y dormía, porque no quería pensar más en la presión de tenerme que poner bien, el estrés de que me estuvieran vigilando permanentemente, la lejanía de mis padres, la ausencia de las jugarretas de mi hermano, y sobre todo, la falta de vida normal.

Y a raíz de todo ese empeoramiento... LLEGÓ EL MIEDO.

3. EL MIEDO

Miedo... todos tenemos miedo. Alguna vez, no importa cómo lo expreses ni cómo llega, sólo importa que lo sentimos. Pueden ser miedos banales, las típicas fobias a los insectos, los rayos, los perros... pueden causar risa o incluso burlas; pero para el que las

sufre son tan serias como la Teoría de la Relatividad. Más allá está lo que conocemos como "miedos de verdad", que son aquellos a los que la mayoría de las personas respondemos con seriedad: LA MUERTE, EL FRACASO, LA SOLEDAD...

Pero el mío no es así. Tengo miedo a que me cuestionen el tema de la comida el resto de mi vida por esta "ÉPOCA OSCURA" que estoy pasando en el hospital. Miedo a que cuando salga de aquí mi relación con mis padres, mis amigos, etc haya cambiado tanto que ya no haya nada que salvar y a que todo el mundo me trate de manera diferente. Miedo a que cuando me vaya de aquí no pueda volver a llevar mi vida anterior (para mí, perfecta) con mis salidas con la pandilla, mis acampadas con los scouts, el surf con mi hermanito... sé que echaría demasiado de menos todo eso como para poder soportarlo. Miedo a que mi madre me mire con otros ojos. Miedo a que mi hermano se haya acostumbrado a estar sin mí y ya ni siquiera me eche de menos. Y, sobre todo, miedo a tener que volver a pasar por todo esto, y tener que volver a experimentar todas estas sensaciones que para mí resultan tan desagradables: reconocer que yo también me pongo triste, llorar una media de cuatro veces por día y sobre todo mi *mieditis* aguda a tener que hablar con el psicólogo (sí, ese ser frío que lo único que hace es preguntarte cosas, escucharte, poner caras raras y apuntar en su libretita todo lo que quiere recordar para después recordártelo a ti cuando ni siquiera tú sabías que lo apuntaba), creo que me molesta tanto por tener que dejar a mi alma desnuda cada vez que hablábamos.

TODO IBA A SER DIFERENTE ENTONCES...

4. LA LUZ

Pero después de pasar todo esto, de comerme la cabeza intentando escapar por otro sitio, me di cuenta de que la única vía de escape era una: hacer caso a los médicos. Y YO, ninguna otra persona sino yo, me debía ayudar a salir de allí de una vez por todas.

Así que me puse manos a la obra y empecé a intentar hacerlo todo (absolutamente todo) bien. Y si no podía un día, pues al día siguiente lo volvía a intentar, pero ya no me castigaba a mi misma por no conseguirlo. Y así empecé a notar la mejoría, y todo el mundo la notó conmigo: me decía que tenía mejor aspecto, que estaba más despierta, de mejor humor y, por encima de todo, era más parecida a como era yo, no como la niña oscura que había estado tan mal. Y eso me hizo sentir mucho mejor.

Y así: un día tras otro, una mejoría tras otra... y llegaron los permisos. ¡No me lo podía creer! ¡Me podía ir a casa todo el fin de semana! ¡Me daría el aire! Pero...¿cómo estarían las cosas en casa? Decidí no pensar mucho en ello, no quería estropearme "las vacaciones". Pero las cosas no fueron como yo esperaba; ¡FUERON MUCHO MEJOR! Probé comida de mi padre (que ya no la cambia por nada del mundo), vi a mis amigos, salí a pasear, a ver los caballos (que me relaja un montón) y a contemplar el mar... ya casi me había olvidado de cómo era: simplemente etéreo y maravilloso. Cuando tuve que volver al hospital no me importó, porque aquellos días me había dado razones por las que seguir recuperándome y fuerzas para ello. Y todo fue a mejor... hasta hoy, que todo sigue genial.

Hoy sigo en el hospital, pero ya no me queda mucho tiempo

aquí. Sé que estoy mejor y que todo va a ir bien fuera. Ya no encuentro razones para estar triste. Ya no estoy insegura porque, como dicen mis amigos: "UN MUNDO SIN TI NO ES LO MISMO".

Pero, por encima de todo... YA NO TENGO MIEDO.



Otros efectos

Patricia Galán Pérez [13 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital de Fuenlabrada (Madrid)

Aquel invierno era especialmente duro. En las calles de aquella ciudad el hielo hacía que los paseantes patinaran.

El marido de María, ama de casa y con tres hijos, llevaba unos meses sin encontrar trabajo.

María desesperada por la situación salió a la calle a pedir limosna. Sólo consiguió un euro.

Ella era católica y tomó una decisión: se dirigió a la iglesia de su barrio.

—¿Es posible que celebre usted una misa para el alma más desolada? Sólo puedo pagar con este euro. No tengo más.

El párroco ofició la Misa a cambio de ese euro. María había intentado salvar un alma sin pretender nada a cambio. Con ello había conseguido ser un poco más pobre.

Se dirigió a su casa con preocupación por no saber qué le iba a decir a su marido.

De pronto, al dar la vuelta a la esquina, se encontró con un hombre joven totalmente desconocido.

Tenía los cabellos rubios y largos. Presentaba un aspecto extraño. La mirada profunda, la tez tan blanca como el hielo que cubría las calles.

—Toma esta dirección. Allí encontrarás trabajo- le dijo con voz misteriosa.

María cogió el papel con la dirección y cuando fue a darle las gracias, ese ser misterioso había desaparecido en la oscuridad de la calle.

Caminó en busca de esa casa. Tocó en la puerta y le abrió una mujer elegante, como también lo era la casa.

María preguntó:

—¿Necesitan a alguien para trabajar en lo que sea?

—Si. ¿Pero quién le ha dicho que necesitamos a alguien?

María respondió:

—Un señor con un aspecto... ¡Ése, ése, el del cuadro!- exclamó señalando con el dedo.

—¡Imposible! Ese del cuadro es mi hermano Luis Alberto y murió hace tres años de leucemia.

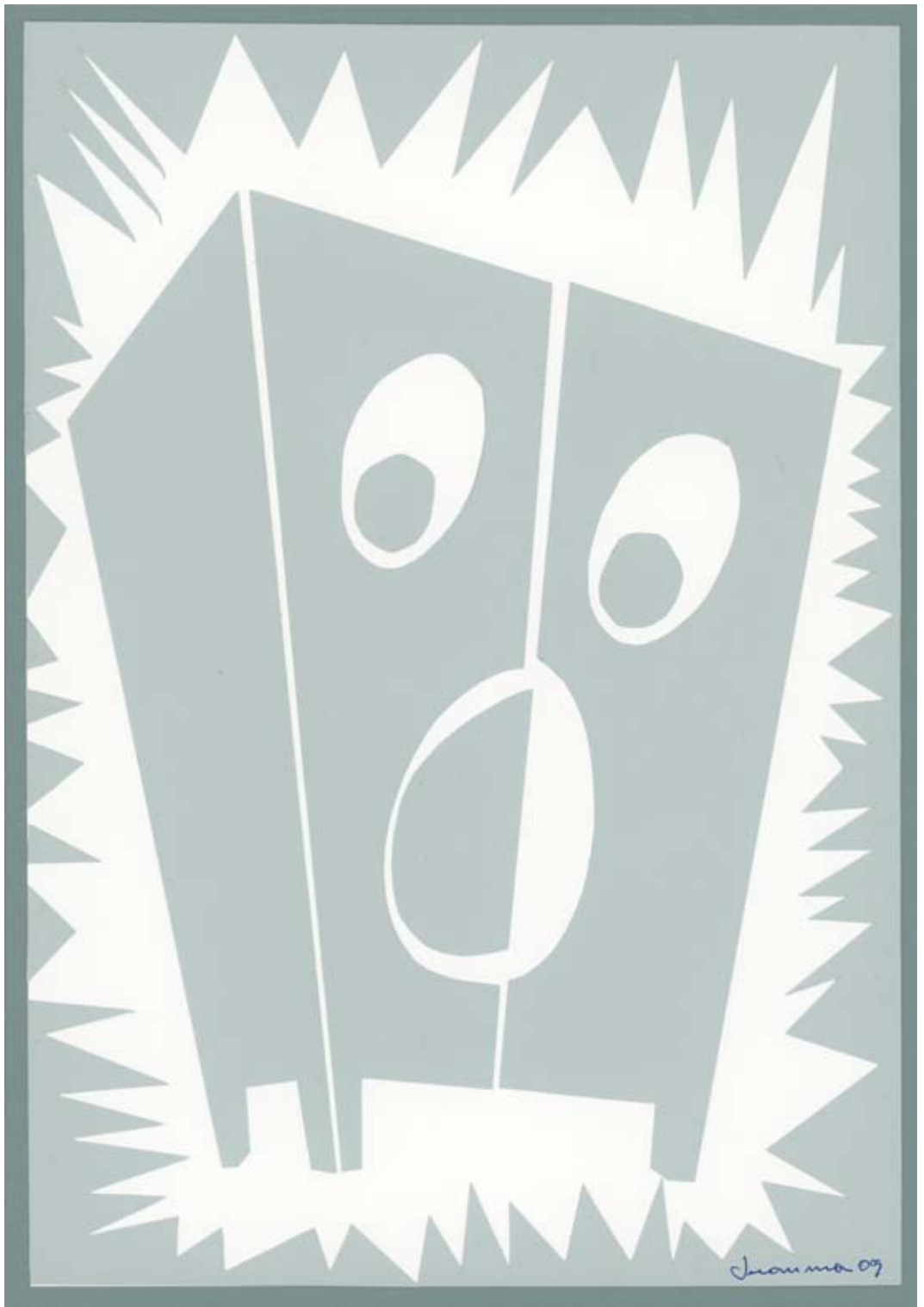
Meses más tarde toda la familia de María se trasladó a la mansión de la familia Montalbán.

María descubrió que el alma de Luis Alberto era la misma a la que dedicó aquella misa.

Se abre la puerta de la habitación quince del hospital y el doctor Galán observa asombrado mis pupilas, mi estado de nerviosismo y mis risas (no puedo contenerme).

Decide quitarme la Buscapina y sustituirla por Nolotil.

En el colegio me animan a escribir todo lo que se me ocurrió mientras la buscapina actuaba. Escribí cuatro historias. No quiero este medicamento porque todas las historias fueron.....



El final de mi vida

Esther Díaz Camacho [13 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Infantil “Niño Jesús” de Madrid

15 mayo de 1920

Soy Violeta y mis padres han muerto y ahora estoy sola, completamente sola. Bueno, sé que algunas personas dicen que tengo una tía que vive en Fábula, una ciudad muy lejana a la mía, y así es.

A los dos días de la muerte de mis padres me llevaron a la casa de mi tía. El amable caballero que me acercó hasta esa siniestra casa, llevaba unas vestimentas muy extrañas: vestía de negro y tenía todo lo visible de su piel de un blanco muy pálido, lo cual me pareció muy extraño.

El castillo también me lo pareció. Digo castillo porque, aunque era una casa, tenía unos enormes torreones oscuros y unos campos también oscuros a su alrededor. Inspiraba miedo.

Llegué a la puerta. Aunque me dio un poco de miedo llamar, decidí golpearla y, con un simple golpe de nudillos, se abrió sola. Entré y no había nadie, así que dije: “¡Hola! ¡Hola!” Y nadie contestó pero, un hombre se me acercó por la espalda y me pegó tal susto que solté un enorme grito. El hombre me preguntó de muy malas maneras:

– ¿Desea algo, señorita?

– No, nada. Soy Violeta, la sobrina de Marla.

Él insinuó que sólo estaba allí por interés, pero antes de que le fuera a preguntar por mi querida tía, apareció ella, también blanca de piel, como su mayordomo, que era enano, y vestía de negro. Con una horrible sonrisa en la cara me preguntó:

– ¿Qué, no piensas darle un beso a tu tía?

Yo, sin pronunciar palabra, con incomodísimo silencio, con un poco de miedo y con mi pequeña maleta en la mano, me acerqué muy lentamente y le di un beso. El mayordomo enano cogió mi pequeña maleta con brusquedad y los dos me acompañaron a mi habitación.

La tía Marla subía las escaleras delante de mí, muy sigilosamente, los peldaños crujían a cada paso y el mayordomo iba detrás con mi pequeña maleta en la mano, tan sigiloso como la tía Marla. La casa tenía unos oscuros cuadros con formas de caras gritando como si las estuvieran torturando y necesitaran ayuda. En fin, eran espeluznantes. Llegamos a mi habitación y era totalmente diferente a la casa: tenía colorido y entraba luz aunque no sé de dónde salía. En el armario había un montón de vestidos preciosos y dije: "¡Oh, son preciosos!", y ella dijo con áspera voz: "¿Te gusta tu cuarto?", y yo, muy dichosa, dije: "¿Qué si me gusta? ¡Es precioso! Gracias también por lo vestidos", añadí. "No me las des a mí, querida, eran de tu madre", dijo ella y se fue.

Me pareció muy extraño que dijera que eran de mi madre y aquello me dio qué pensar. Mi madre me habló una vez de la tía Marla y me dijo que había muerto.

El mayordomo vino a mi cuarto:

– Señorita, la cena está servida.

– Sí, claro, enseguida voy.

Le dije que saliera y él me dijo que tenía que salir yo primero. No tuve más remedio que hacerlo así. Mientras bajaba las escaleras, no podía dejar de pensar en lo que me dijo mi madre y recordaba que la tía Marla llevaba muerta unos treinta años. Entonces pensé: "¿Cómo puede ser posible?"

El mayordomo me iba hablando de los modales en la mesa y sobre que no abriera la puerta del armario, solamente me enteré de eso. Era un armario que estaba al final del pasillo. A mí me entró mucha curiosidad. Llegamos a la mesa y lo primero que me dijo la tía Marla mientras el mayordomo me retiraba la silla para sentarme, fue que me acomodara en la silla y disfrutara de la cena. Yo contesté tímidamente:

– Gracias, tía Marla.

El mayordomo trajo la cena tapada con una ovalada tapadera plateada donde se podía reflejar el rostro. Levanté la tapadera y la cena tenía un apetitoso aspecto y no era solo el aspecto lo que era agradable, sino el sabor, que era delicioso. Saboreando pregunté:

– Tía Marla, ¿qué es este apetitoso plato?

– Es... Pollo con verduras. Contestó con una horrible sonrisa como la anterior.

Y yo por ser amable, repetí que estaba delicioso. No lo dije pero pensé que yo había comido antes pollo con verduras y no sabía como el que me sirvió el mayordomo, y eso me dio que pensar. "Bueno", dije "buenas noches, me voy a acostar. La cena estaba deliciosa". Subiendo hacia mi habitación, en el pasillo pa-

recía que los cuadros de las extrañas caras que gritaban, lo hacían de verdad y escuché un grito más agudo que los que estaba oyendo y me di la vuelta. Creí ver una sombra blanca que parecía hacerme señas con su brazo para que fuera hacia ella. Primero dudé, y pensé si me estaba volviendo loca, pero tenía un palpito y me acerqué. Empecé a caminar por el otro lado del largo pasillo y llegué al armario al que el mayordomo me había prohibido acercarme. Estaba como hipnotizada y llegué al pomo de la puerta, pero oí al mayordomo y a la tía Marla que decían:

– ¡No, no la abras o se escapan!

Me pareció muy extraño y me desmayé del susto. Desperté al día siguiente en mi cama con la misma ropa y un poco mareada. Bajé a desayunar.

– Buenos días, he dormido de fábula esta noche.

– ¿Buenos días? Querida, es de noche y llevas durmiendo tres días- respondió la tía Marla.

– ¿Cómo que tres días?

– Sí, ¿no te acuerdas? Enfermaste. El pollo con verduras te debió sentar mal.

– Sí, debe de ser eso.

– Vamos, querida, come algo.

– No, no me apetece.

Eché a correr escaleras arriba hasta mi cuarto. Pensé que todo era muy extraño y pensando, pensando... me quedé dormida. Me desperté en medio de la noche. Debían de ser las doce menos cinco y llevaba puesto unos de los largos vestidos del armario. Había sangre por las paredes de mi cuarto. Grité y eché a correr. Parecía

que se me iba a salir el corazón del pecho. La tía Marla y su mayordomo iban andando como zombies, uno por la derecha y otro por la izquierda. Me acorralaron contra la puerta del armario y, como yo tengo asma, la tía Marla me decía cosas para que me ahogara. Apenas sin poder hablar dije que me moría y ella añadió: "eso es lo que quiero". Me decía que le había quitado la vida a mi madre y que quería mi vida para poder vivir la vida eterna. El enano hizo un carraspeo desagradable, como para decir que el también estaba en eso de la vida eterna y, mientras la tía Marla le decía: "sí, hombre, tú también cuentas. Ya sabes que te quiero, chiquitín". Mientras me ahogaba, la tía Marla y el mayordomo estaban sacando un cofre de debajo de un tablón de madera del suelo; era precioso y brillante, de un dorado resplandeciente. La tía Marla se puso de un color morado muy extraño y el mayordomo, también. Yo estaba muerta de miedo; se acercaban hacia mí lentamente. La tía Marla dijo: "ve despidiéndote de tu vida, pequeña". Yo, temblando, recordé lo que me dijo el mayordomo: "no abras la puerta del armario", y sin dudarle un segundo, la abrí. Salió un destello de luz que rápidamente me hizo levantarme del suelo. Entonces tuve fuerzas para empujar al enano y a la tía Marla hacia la destellante luz del armario. Estaba muy asustada y la luz no se iba a pesar de que cerré la puerta. La puerta explotó y entre la luz vi a mi madre que me decía: "No tengas miedo, mi niña, yo te protegeré". Yo estaba como hipnotizada y, a la vez, mi madre me ofrecía su mano y, sin dudarle, se la cogí.

Tenía tantas ganas de estar con ella que caminaba hacia la luz, pero no pude llegar porque un repentino viento me empujó y me apartó del destello. Caí al vacío gritando. Llegué a un oscuro lugar. Corría, gritaba, lloraba y no podía salir de allí. Estaba muy confundida. Parecía que se me iba a salir el corazón del pecho y aún siento esa sensación.

Si estás leyendo mi diario, no sé cómo habrá llegado a tus manos. No sé si esto significa que estoy muerta o viva. No lo sé. Pero lo único que sé es que ese día fue EL FINAL DE MI VIDA.



7 de octubre de 2008

Claudia Navas Sardà [13 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínic de Barcelona

Esta noche no he dormido demasiado bien, mis pensamientos no me han dejado cerrar los ojos durante mucho tiempo. Cuando me he levantado y he puesto mis pies dentro de las zapatillas me he dado cuenta de que aún seguía aquí dentro. Como cada mañana, antes de ducharme he mirado por la ventana, y como siempre, he visto aquel hombre que cada mañana hace sus estiramientos para calentar su cuerpo. Luego he cogido el jabón y la esponja y me he metido dentro de la ducha. Sentir como el agua caliente cae sobre mi cuerpo me hace sentir mejor, pero cuando paso la esponja enjabonada por encima de mi cuerpo empiezo a tener miedo. Ver mi cuerpo desnudo cada día, se me hace muy duro, y cada vez noto que va creciendo. Intento ducharme con rapidez, así no tengo que aguantar este dolor que me crea mi propio cuerpo. Cuando me planto ante el espejo, la bestia que recorre mi cuerpo se revoluciona y empieza a manifestarse. En este momento, en el interior de mi cuerpo, empieza a crecer un agujero negro llamado miedo. El tiempo se para, el mundo desaparece y solo quedamos la bestia, el agujero, mi amigo espejo y yo. Momentos como estos son difíciles de controlar, porque los

nervios te traicionan o las lágrimas empiezan a saltar de los ojos tapados por la feroz bestia. Luego me visto y la ansiedad vuelve a disminuir, pensando que mi cuerpo está tapado y nadie lo puede ver. Esta tranquilidad no dura bastante porque un poco más tarde ya se oye el timbre. Cuando la melodía empieza a sonar, el terror habita mi cuerpo y mis pensamientos aparecen de golpe. En el momento en que nos sentamos para desayunar, un escalofrío recorre todo mi cuerpo, desde la nuca hasta el dedo del pie. Intento comer sin tocar la comida, aunque a veces se hace imposible. En el momento que siento que un alimento roza o toca mi piel, la bestia se enfada conmigo, el agujero crece de golpe y los temblores empiezan a notarse. La única forma para tranquilizarme es no comer, aunque aquí dentro es una cosa imposible.



et anillo

El anillo

Eduardo Navia-Osorio Bruno [11 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario "Santa María del Rosell" de Cartagena (Murcia)

Érase una madre y una hija que vivían en una casucha perdida en medio de la montaña.

Un día, la hija, dando un paseo por la montaña se encontró con un chico muy guapo que vivía en la ciudad.

La madre, un día de tormenta estaba sentada en la terraza de su casa y de repente le cayó un rayo encima y se murió.

La madre tenía en el dedo anular un anillo, muy pero que muy valioso, que unía a toda la familia.

La hija se fue a vivir a la ciudad con el chico a una mansión.

Una noche de tormenta la hija se despertó a media noche y fue al cementerio donde estaba enterrada la madre y abrió la tumba para coger el anillo. Tiró fuertemente del anillo pero no consiguió hacerse con él, entonces tuvo que cortar el dedo y llevarse las dos cosas.

Pasó tiempo y tiempo hasta que la hija una noche de tormenta en pleno invierno oyó:

toc, toc, toc, toc, y bajó a abrir y ver quien era. Era una señora muy mayor sin el dedo anular. La mujer decía:

– ¡Ay! ¡ay!, tengo mucho frío, no tengo casa, necesito algo caliente.

La hija le dijo: "pase, pase".

La mujer pasó, se tomó un chocolate caliente y se fue, sin decir nada en todo el rato.

Dos años después volvió la misma mujer, el mismo día a la misma hora y dijo:

– ¡Ay! ¡Ay! Tengo mucho frío, no tengo casa, necesito algo caliente.

La mujer pasó se tomó el chocolate caliente y se fue, sin decir nada en todo el rato.

Dos años después volvió la misma mujer y dijo:

– Ay, ay... Tengo mucho frío, no tengo casa, necesito algo caliente.

– Pase, pase- dijo la chica.

La mujer pasó y cogió el chocolate calentito. La hija le preguntó:

– ¿Por qué vienes? ¿Quién eres? ¿A por quien vienes?

La mujer se quedó mirando fijamente a la hija y le dijo:

– ¡A POR TI!



champs

La niña exorcista

Iker Bento Codeso [10 Años]

Aulas Hospitalarias Hospital Cristal Piñoar de Orense

En un país muy lejano había un hombre que estaba viendo la televisión y de repente la televisión se puso toda a rayas.

Vio pasar por el pasillo una sombra que corría. Se levantó, fue a la cocina y cogió un cuchillo por si acaso.

La tele se apagó. Él miró por la ventana y en una casa que estaba enfrente había una luz que se encendía y se apagaba. Su mujer estaba durmiendo en su cama, fue a mirar y de repente le dio un ataque epiléptico.

Después de eso sintió que alguien le agarraba del cuello y le intentaba ahogar, él cogió el cuchillo que se había caído en el suelo y se lo clavó en el estómago.

Después vio a alguien correr por el pasillo otra vez y el que le había querido ahogar desapareció.

Intentó llamar a la policía pero no le cogieron el teléfono. De repente le apareció la niña exorcista en la cama de su mujer, pero su mujer ya se había muerto. El chico estaba aterrorizado y saltó por la ventana para escapar y fue a la comisaría a decir todo lo

que había pasado en su casa. Después todo acabó. Él pasó dos días llorando por su mujer y fue a su entierro. Después, para olvidar todo, se fue a Alemania.



Los muñecos de nieve infernales

José Arés Fernández [11 Años]

Aulas Hospitalarias Hospital Cristal Piñoar de Orense

Era el día de Navidad en mi pueblo y todos los niños estábamos haciendo muñecos de nieve. Se hizo de noche y no pudimos acabar.

Al día siguiente fuimos a terminar los muñecos y ya no estaban, pero en el suelo no vimos nada que nos indicara que se habían derretido. De pronto salieron todos los muñecos de nieve de detrás de un árbol y empezaron a destrozar el pueblo.

Los niños nos fuimos a nuestras casas para diseñar un plan. Después nos reunimos en la cabaña del árbol que tenemos cerca de la montaña e hicimos una poción. Esa poción estaba compuesta de: leche, sopa, caldo y agua caliente.

Todos los ingredientes estaban a elevada temperatura para que los muñecos se derritieran. Cuando se la echamos los muñecos se transformaron en más grandes, de unos diez metros de altura, aproximadamente. Los niños se reunieron en su cabaña y tenían que hacer que saliera el sol. Para ello se pusieron en marcha sin

perder el tiempo. Crearon una máquina con un láser, que quemaba las nubes. Así, consiguieron que saliese el sol y los muñecos se derritieron.

El alcalde de ese pueblo le concedió una medalla a cada niño y les agradeció que salvaran al pueblo de tan malvados y destructivos seres disfrazados de muñecos de nieve.



Siglo X

Ping Ping Zhu [10 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital de Fuenlabrada (Madrid)

Era una mañana de primavera. En Tokio sus habitantes se dedican a recoger la cosecha, otros están durmiendo y algunos practican con sus katanas: son los samurais.

Lidia, Josselyn y yo acabábamos de llegar en la máquina del tiempo.

Momentos antes estábamos en mi casa leyendo un cómics.

Dije:

– ¡Cuánto me gustaría conocer al samurai Katil !

– ¡Ojalá que ese deseo se cumpla, a nosotros también nos gusta!

De repente, en el libro, se abrió una enorme puerta de dos hojas y nos envolvió.

Un samurai, con malas intenciones y simulando amor por ella, intenta secuestrar a la princesa para así conseguir el tesoro real.

La princesa Nozomi no está enamorada de este samurai. Ella a quien realmente quiere es a Katil, un samurai generoso, ágil y fuerte.

Estamos en el siglo X. Hemos retrocedido en el tiempo. Mis amigas tienen miedo. Yo, no. A mi, me asustan algunas cosas del hospital, pero los samurais ¡no!

– ¡Ánimo tenemos que ayudarla!

Las tres nos ponemos en marcha y nos lanzamos encima del malvado samurai. Al mismo tiempo que gritamos nuestra contraseña.

– ¡iiiiiiAMOT!!!!

Nuestro grito es nuestra fuerza y lo hemos practicado en el Colegio.

Nozomi nos da las gracias y nos invita a acompañarla.

Todo es precioso. Parece que estamos rodando una película. Hay personas que llevan trajes hasta los pies, con unos bordados en oro. Otros llevan armaduras que brillan como la plata.

Su familia nos llena de regalos.

Nozomi nos comunica que a la fiesta de su cumpleaños va a asistir Katil y que estamos invitadas.

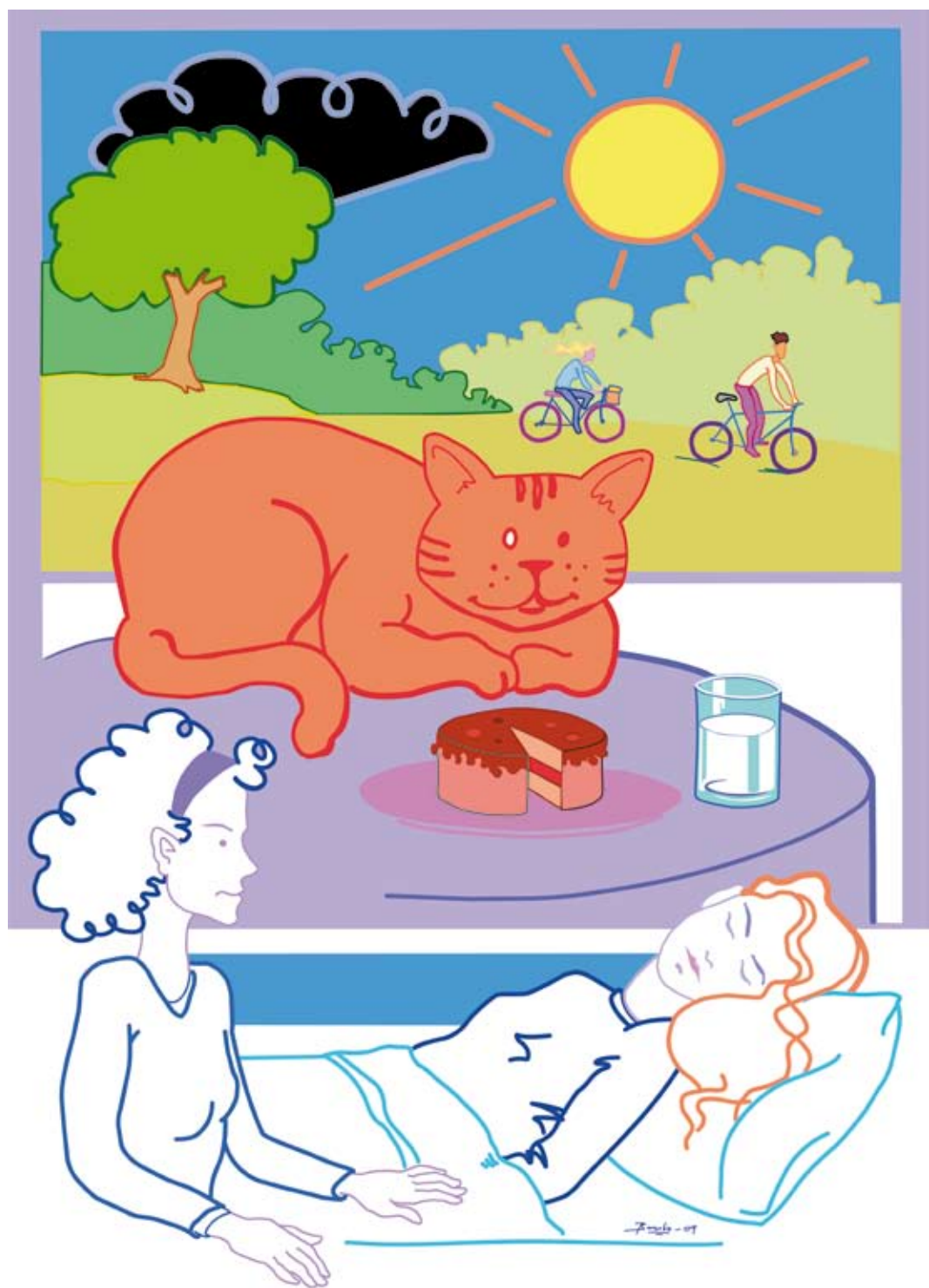
–¡Bravo!– Gritamos. Somos un poco escandalosas, pero estamos contentas.

Suena un timbre con una melodía que creo reconocer.

¡Claro! es mi teléfono móvil. Contesto y oigo la voz de mi padre que me recuerda lo de siempre.

¡Qué pena, con lo bien que lo estaba pasando!

Grito de alegría, lo hago siempre que estoy contenta. En la pantalla de mi móvil aparece la cara sonriente de Katil que se queda para siempre.



Mirar el futuro

Seudónimo: *Nube Negra* [13 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario "Morales Meseguer" de Murcia

Hoy, día 26 de octubre de 2008, hace ya nueve días que estoy ingresada en el "Morales Meseguer" con leucemia. De momento, dentro de lo que se puede pedir, estoy bien; aunque he pasado momentos malos, porque hace tan solo tres días que me pusieron la quimioterapia, y tengo bastantes nauseas y vómitos. No puedo negar que tengo algo de miedo a no saber si esta enfermedad se curará pronto, pero la esperanza la tengo, pues los médicos han cogido este caso muy rápido e intentan hacer las cosas lo mejor posible y de la manera más rápida y eficaz.

Todavía me quedan de cuatro a cinco semanas aquí; se dice pronto, pero pasan demasiado lentas. De todas maneras, yo intento pensar siempre en positivo, y aunque sé que cuando salga no voy a estar todavía curada y seguramente tenga que volver a ingresar para terminar el tratamiento, me consuela pensar que por lo menos voy a poder estar en mi casa durante dos o tres semanas. Estoy deseando que llegue ese día, tengo muchas ganas de ver a mi gato, que es una de las cosas que más quiero en el mundo. Él también me quiere mucho y es mi "gordito glotón" porque come mucho y está gordito.

Cuando me dijeron que tenía que estar aquí ingresada no me sentó demasiado mal, porque yo lo único que espero y quiero es curarme. Por eso, aunque ahora lo tenga que pasar mal, luego tendré mis recompensas. La verdad es que estar aquí es muy aburrido, y hay veces que te deprimes; pero luego pienso en que ya no me queda tanto tiempo, y en todo lo que voy a poder hacer e intento pasar este tiempo lo mejor posible. Se me hace más ameno porque mi familia me está apoyando en todo lo que puede y de hecho me han regalado bastantes cosas para que este aquí lo mejor posible, aunque ellos también están deseando que me cure y salga pronto. Sobre todo salgo adelante por el apoyo de mi madre, que para mí es muy importante. Aunque aquí no nos lo pasamos muy bien, nos apoyamos en todo lo que podemos e intentamos pasar este tiempo lo mejor posible. Pensamos mucho en lo que vamos a hacer cuando salgamos, porque eso nos anima y parece que hace pasar el tiempo más rápido.

Al principio todo era bastante confuso, pero los médicos y las enfermeras se están portando muy bien conmigo. Estoy deseando de que el próximo jueves me pongan la quimioterapia que me falta y poderme recuperar, aunque tenga que volver, pero entonces la cantidad de quimioterapia y el tiempo será menor. Todavía no estoy curada pero tengo un buen presentimiento: me voy a curar muy pronto y todo me va a salir bien.

Es muy importante apreciar la vida y la salud que uno tiene. Antes no la valoraba pero después de esto me he dado cuenta de que la vida se puede terminar en cualquier momento y que hay que vivir el día a día sin prisas, y cada uno tiene lo que le toca. A mí no me hubiera gustado tener esta enfermedad, pero me ha tocado. De todas maneras y aunque no estoy curada, yo le doy

muchos ánimos a la gente para que, si les pasa algo, no se depriman y que luchen porque merece la pena.

Estoy convencida de que me voy a curar y tal vez por eso cuando me dijeron que tenía que estar ingresada me lo tomé con mucha calma, aunque hay veces que es difícil seguir este ritmo porque te aburres, pero pienso que merece la pena por seguir viviendo.

Un consejo de alguien que ha vivido momentos duros:

– ¡Te pase lo que te pase tienes que luchar por salir adelante y ya verás como luego tienes tus recompensas, no mires hacia atrás sino hacia todo lo que te queda por vivir!

Espero que a toda la gente que le pase esto alguna vez se acuerde de estas palabras y, para la que ya lo ha vivido, decirle que ha sido muy valiente y se merece que le pase lo mejor. Ánimo.



El terror sólo es una parte del juego

Mireia Denuc Pallarés

Aulas Hospitalarias del Hospital San Pau de Barcelona

Sólo quedaba un día para que la clase de Julia se fuera de excursión. Todos esperaban con muchas ganas que llegara ese día.

Al salir del colegio, Julia, María, Nacho y Fernando caminaban de regreso a casa. Planeaban todo lo que querían hacer. Cuando Julia llegó a su casa fue corriendo a su habitación y empezó a hacerse la mochila. Cuando acabó se dio cuenta que pesaba mucho.

Después de cenar recogió la mesa, le dio las buenas noches a su madre y se fue a la cama.

A las siete de la mañana despertó ansiosa por marcharse. Después de cogerlo todo llegó a la plaza en coche, con su madre. Allí se encontró a sus amigos, pues tanto María como Fernando ya habían llegado. Quien faltaba era Nacho, lo que les pareció extraño ya que siempre era el primero. Julia no le dio importancia, pensó que estaba de camino, a punto de llegar. Pasaba el rato y Nacho no aparecía. María propuso llamarle. El resultado

se negaba, pero entre los tres le convencieron. Cada chico se fue a su casa.

Al día siguiente, al llegar al cole, la *profe* les pidió explicaciones sobre su ausencia en la excursión, pero nada bastó para salvarlos del castigo. Cuando llegaron a la clase empezaron a realizar sus planes. Julia, fue con su agenda y pidió a cada uno de sus compañeros que le escribiera un recordatorio. Así lo hicieron. Por la tarde quedaron en casa de Nacho. Empezaron a comparar letras y finalmente seleccionaron a tres sospechosos. Los chicos empezaron a pensar un plan para conseguir pruebas.

Al día siguiente continuaron con su plan. Ahora era el turno de Fernando; se puso a observar a los tres sospechosos. Ellos miraban con mala cara a Nacho. Fernando fue a hablar con ellos y mientras lo hacía les cotilleaba su agenda, pero no pudo ver nada.

Mientras estaban en clase de castellano, dos de los tres sospechosos, no estaban por la clase. Uno estaba escribiendo algo y el otro parecía que dibujaba. Fernando al terminar la clase vio que uno de ellos metió el dibujo entre el libro. Él dejó rápidamente la conversación que tenía con Julia y salió corriendo hacia el pasillo. Al girar, el sospechoso topó con Fernando y se le cayeron los libros. La hoja quedó suelta, boca abajo, Fernando la cogió y la giró al mismo tiempo que se la daba a su compañero. Éste se lo agradeció y Fernando sonrió. Después reunió a sus amigos en un lugar donde nadie les viera. Les contó lo que había hecho. Todos le felicitaron, pero lo mejor de todo era que había podido ver un poco de lo que había escrito en la hoja.

Era él, sin duda. Fernando estaba convencido y sus amigos confiaron con él.

Después de las clases María les invitó a su casa para poder pensar un buen plan que asustara al autor de las cartas. Pensaron y pensaron y finalmente a Julia se le ocurrió una idea: con el portátil nuevo de María, que había ganado en un concurso, le escribirían una nota. Fernando, lleno de rabia, se ofreció voluntario para ponerle la nota en su taquilla. A todos les pareció bien.

El día siguiente, mientras Julia, Nacho y María hablaban con sus compañeros de clase, Fernando corrió hacia la taquilla del sospechoso. Después se encontraron todos en clase.

Justo terminada la primera clase el sospechoso fue a su taquilla. Al ver la nota se bloqueó. Justo por ahí pasaba Julia. Los tres chicos empezaron a pasar por su lado y a repetirle la frase: ***Cuando estés solo, sabrás lo que es sufrir. Cuando estés solo, sabrás lo que es sufrir. Cuando estés solo, sabrás lo que es sufrir,*** hasta que el chico se quedó bloqueado y confesó. Dijo que lo había hecho para divertirse, les contó que había elegido a Nacho porque le tenía envidia: Nacho tenía unos amigos que le querían y él no tenía nadie: estaba triste y solo.

Julia, Nacho, Fernando y María no volvieron a tener miedo, habían aprendido que la fuerza de la amistad les unía y que esta unión era para siempre.

Y los cuatro, dijeron en voz alta: EL TERROR SÓLO ES UNA PARTE DEL JUEGO.



CAROLIN ÁROCAS.

Mi ingreso en el hospital

Seudónimo: *Aladina* [13 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario "Reina Sofía" de Murcia

No sé como empezó. De un día para otro me desperté en el hospital, ingresada, sin poder ver a nadie de mi familia temporalmente. Encerrada.

Desde entonces, los días han pasado muy lentos. Todas las mañanas, al despertarme, miraba a mi alrededor, pensando: "¿por qué estoy aquí? ¿Cómo he podido llegar a este punto? Tengo miedo a no salir, a quedarme aquí cerrada con esta enfermedad, a que no se me abra la puerta..."

Todo aquí ha sido muy duro, levantándome todas las mañanas sin poder ver a mi familia, a los seres que me quieren, a mis amigos, a mis conocidos...

Qué duro es levantarse cada día y ver que estás sola, que no tienes a nadie para darte un abrazo, nadie que te proteja. Estás esperando a que llegue el día en el que estés ya bien y que te den el alta... Esperando, esperando, esperando... pero no te la dan.

Mi peor miedo es no poder salir de esto. Sufro por todas las cosas que me estoy perdiendo: asistir a clase, estar con mis seres

queridos, salir con mis amigas, ir de compras, ir al cine, reír, soñar... y sobre todo, poder vivir tranquila.

Espero que nunca caigáis en esta enfermedad y si caéis, sed muy fuertes, que ya veréis como todos valemos, saldremos de esto y tendremos nuestra vida normal, sin agobios ni nada. Pensad que la vida está llena de buenas cosas y sobre todo, de buenas personas, mucho amino ¡que todo lo bueno llega!

¿Ha merecido la pena estar así?, ¿Qué he conseguido con todo esto?, solo estar triste, deprimida, cansada de todo...

Pero mi sueño se está cumpliendo, ya estoy mucho mejor, me están dando permisos para estar en mi casa, ya voy al instituto, ya voy con mis amigas por ahí, ya estoy con mi familia, ya estoy saliendo de esto...

Lo importante no es lo que somos por fuera, si no, como somos por dentro.

¿Cómo se vencen los miedos? enfrentándote a ellos.

¡Sé fuerte y lucha!, ¡Lo vamos a conseguir, de verdad, lo vamos a conseguir!



Un día en el hospital

Alejandro Noguera Gambín [11 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario "Virgen de la Arrixaca" de Murcia

Había una vez un niño que tenía seis años al que sus padres le dijeron que tenía que ir al hospital porque se había roto la pierna.

El estaba contento porque no sabía lo que era. Su hermano, que tenía once años, le decía: "Pablo eso da miedo porque te pinchan". Él se puso muy triste y se asustó. Sus padres le dijeron: "Pablo no llores, que no te van a hacer daño". Pablo se puso contento y fue al hospital.

Al ver las agujas intentó irse, muerto de miedo y de pánico, pero como le dolía la pierna no pudo escapar, la enfermera se acercó a él y le dijo: "tranquilo que si no te va a doler la pierna".

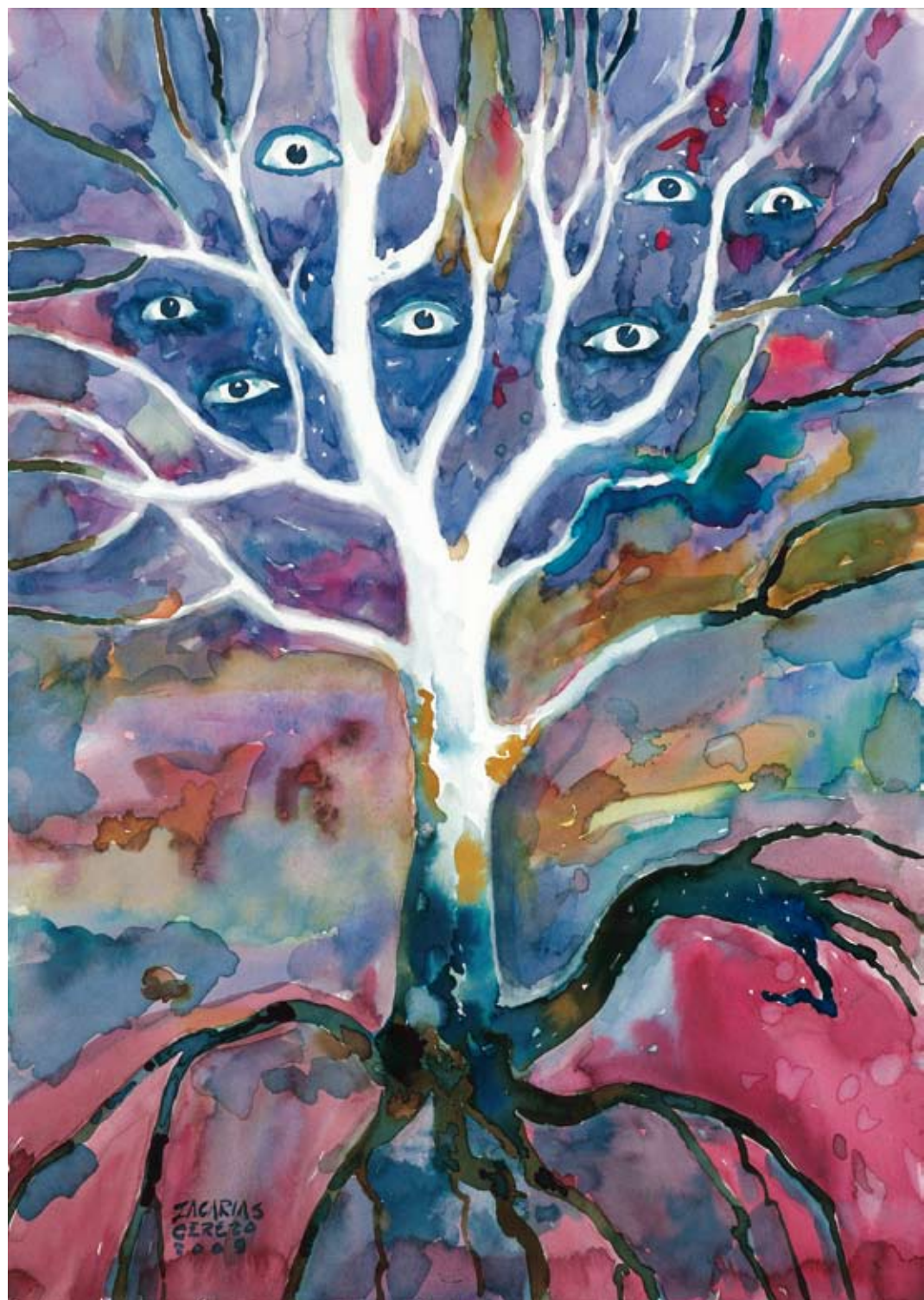
Cuando Pablo se quedó dormido, aprovecharon y le operaron.

Pablo se despertó y se puso a llorar al ver que estaba en el hospital y le dijo su madre:

"No llores que ya te han operado" y le regalaron un libro de miedo.

Desde entonces ya no tuvo más miedo al hospital y su hermano le pidió perdón.

CATEGORÍA C



GANADOR CATEGORÍA C

Miedo a la vida

Carmen Olmos López [16 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario "Morales Meseguer" de Murcia

Eustasio ha vivido en ese pueblo, en esa casa y con el mismo aire desde que nació, y de aquel día hace ya demasiado tiempo como para que alguien se acuerde, incluso él a veces piensa que en el momento en que abrió los ojos, el sol aun debía de verse en blanco y negro.

De allí solo lo habían sacado unas cuantas enfermedades que lo habían obligado a ir a visitar al médico del pueblo de al lado y una muchacha a la que durante muchos años, llantos, alegrías, muertes y recuerdos atrás había estado rondando. Pero esos momentos habían sido insignificantes en lo que había sido su vida, que se podría decir que había estado dedicada plenamente al campo, a escasa media hora del centro del pueblo, pero lo suficiente lejos como para no ver desde los caballones el ayuntamiento ni sus ajetreos, y sí a sus golondrinas y a lo que muchos se atrevían a llamar "sencillas complicaciones", pero que a él ,en muchas noches le habían quitado el sueño, y no sin razón, pues no comer al día siguiente, por muy pobre que te hubiera hecho el mundo, era un problema a tener en cuenta.

Y sí, digo bien, por muy pobre que te hubiera hecho el mundo, porque Eustasio ya había dejado de luchar contra su situación. Los años y las duras palabras de gentes ricas, de ciudad y estudiadas, le habían hecho amedrentarse y aceptar que aquello debía de ser "justicia divina", Eustasio no era de rezo devoto frente a su cama, pero sí de palabras rutinarias arrodillado, mirando al interior de las sábanas y pensando en lo que pasaría mañana. Él sabía de su deficitaria religiosidad, pero esperaba que aquellas acciones fueran suficientes para aquel que administraba el espacio en el cielo. Y es que, su vida aquí abajo había sido muy dura, sometida a continuos temores que a continuación se contarán, y lo menos que podía esperar era una vida celestial al lado de su Creador, y a pesar de ser consciente de sus pocos pecados, temía (como a nada había temido) al infierno, desde que le hablaron de él en la iglesia del pueblo, cuando apenas era un niño que jugaba a sobrevivir. Éste había poblado sus más aterradoras pesadillas.

Pero comencemos a contar desde el principio la historia de la vida de Eustasio, el cual nació en un pequeño pueblo de Castilla, tradicional hasta en sus suelos y lleno de prejuicios y rencores, de miedos, de murmullos en las esquinas, de ignorancia.

Hasta los nueve años Eustasio acudió al colegio, donde el maestro cumplía laboriosamente su trabajo, educar a posibles adultos descarriados, enseñarles a ser ovejitas del rebaño, si podía ser, asustadas, con los ojos agachados. Y así era la vida de un niño, que, como otro, había nacido sin saber y al que poco se le enseñaba: cuatro sumas y restas que debían tocar de puntillas los chicos y tal vez rozarlas las chicas (pero nunca sumergirse en ellas porque corromperían los puros sentimientos). Y referido a las letras... ¡Oh, las letras! Los libros eran el mayor peligro jamás

conocido hasta entonces, al que luego se sumarían la tele y el cine... De ellos podían salir mil demonios que se llevarían para siempre la inocencia que tan bella hacía la vida. Mejor evitarlos, temerlos.

Y así creció Eustasio, teniendo miedo de todo aquello que no fuera su cuerpo, sus manos, nada mas allá de lo físico debía ocupar su mente, si no, ¡quién sabe que extraños pensamientos podrían invadirla!

Pero, muy lejos de lo que él pensaba, no era suficiente con recluirse en su piel y no mirar mas allá, pues su propia envoltura, era un peligro palpitante, aun peor que los nebulosos sentimientos, ya que dormía con él, con él vivía, y le era enteramente necesario para vivir.

Ya le advirtió el párroco de su pueblo: hacía bien en cuidarse de no darle a su cabeza demasiados vuelos, que eso no le fuera a dar demasiada libertad a lo que el Señor había creado puro, a su cuerpo. Y por ello, Eustasio temía hasta mirarse en el espejo, por si en el veía señales de que el diablo lo había invadido como un cacharro viejo. Y la mujer... ¡la mujer! Tan bella, tan bonita... ¿Cómo no iba a ser pecado? De los mayores y de los que más le costó evitar, desde luego... Es más, no se puede decir que lo evitara del todo, si por aquel entonces Eustasio no estaba casado, era porque la suerte no lo había querido, pero no sería por intentos. Pero el caso es que ninguno había llegado a nada, pero a pesar de eso, cuando se confesó con el cura, éste puso el grito en el cielo y, todavía, cuando se acostaba, Eustasio sentía en el corazón un extraño reconcome que le decía que no tenía asegurada la plaza en el lugar de los buenos, puros y castos.

Más allá de todo aquello, Eustasio no se conformaba con sufrir

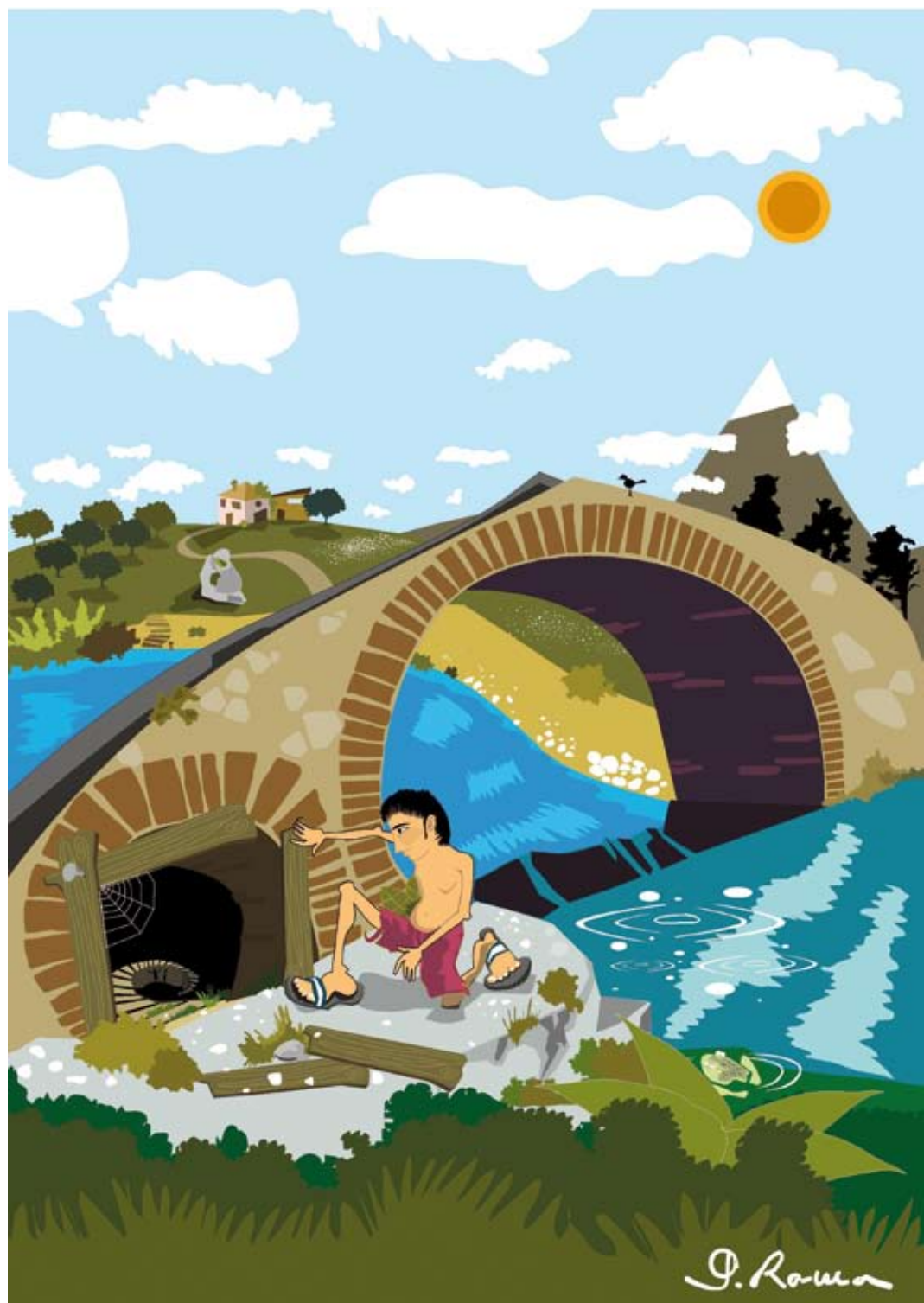
los temores que aquellos hombres de inteligencia tan elevada le inculcaban, si no que acogió los que su familia había arrastrado consigo como suyos propios. Antiguos rencores entre familias que hacían dirigirse miradas de soslayo, amenazantes, hasta el punto de que llegaba Eustasio a sentirse culpable, y vivía con el miedo de ver aparecer la policía por la puerta de su casa para llevárselo, y lo peor, si así hubiera sido se hubiera entregado con los brazos abiertos, confesando su culpabilidad y totalmente convencido de ella.

Tampoco eran pocas las preocupaciones que a lo largo de su vida le habían proporcionado. Una vez, encargado ya del campo arrendado de su padre, sentía miedo con las malditas cosechas. Llevaba más de cincuenta años mirando atemorizado hacia el cielo y rezando para que hiciera buen tiempo. Llevaba más de cincuenta años dando explicaciones a señores y "señoritos" de la imposibilidad de responder con las cantidades que le reclamaban. Más de cincuenta años recibiendo gritos y más gritos, en el mejor de los casos, miradas de desprecio, "pobre ignorante" decían aquellos ojos, y ahí se quedaba él, con el cuerpo encogido en miedos y sin más animo que el silencio y unos pasos que se marchaban, aquello significaba una prórroga, un tiempo muerto hasta que volvieran los gritos, las manos levantadas, aquellas miradas.

Y todo aquello lo había soportado por miedo. Sí, se podría decir que Eustasio había seguido viviendo como vivía por miedo. Si él había nacido allí, con aquellos quehaceres y sin más recursos que sus manos, las cuales también debía controlar, por algo debía de ser, y la más leve insinuación de un cambio de vida lo aterrizzaba, ja saber los horrores que allí le esperaban!, le ha-

bían hablado de nuevas ideas, de nuevos inventos... Veía difícil que aquello concordara con lo mandado por la voluntad divina, así que mejor permanecer dentro del rebaño, y cada vez con la cabeza más baja.

Y de esa forma alcanzó Eustasio la vejez, una vejez arrugada y temprana, que miraba el mundo con ojos vidriosos, asustados y recelosos de todo lo que cambiara el rumbo del vuelo de una pluma. Así, Eustasio, alcanzó la muerte, arrepintiéndose ante un cura de todo lo que jamás había realizado, llorando como el reo que reconoce haber hecho algo solo para ser liberado, teniendo miedo, mucho miedo, miedo de que *no vivir también hubiera sido un pecado*.



J. Roman

El túnel

Ángel Fernández Ocañas [15 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Infantil "Niño Jesús" de Madrid

Era un lunes por la mañana, el tercer día que pasaba en casa de su abuela, en el pueblo, al que sólo fue una vez de pequeño. En el pasado había vivido mucha gente en lo que ahora eran las ruinas del pueblo romano-cristiano.

Él venía de Madrid y no estaba acostumbrado a vivir en aquel pueblo aburrido y desalojado.

Bajó a por pan para la comida en aquel pueblo aburrido cuando se acercaron unos chavales en moto a la puerta de su casa. Debían ser los únicos del pueblo. Se pusieron a hablarle en un tono muy amistoso. Le preguntaron cómo se llamaba y de dónde era. Uno se llamaba Alejandro y el otro, Daniel. Les dijo su nombre: Pablo, y pasaron una tarde muy agradable en su casa comiendo cosas ricas que les preparó su abuela. Comían mucho, como si no hubiesen comido en todo el día y, entonces, se fijó en que sus rostros eran muy pálidos. Los dos miraban a Pablo con simpatía, pero sus miradas transmitían cierto nerviosismo. Alex preguntó si quería ir al día siguiente al río con ellos y él encantado dijo que sí.

A la mañana siguiente bajó corriendo, ya que le estaban esperando. Cuando llegaron, se bañaron en el arroyo. Después cazaron ranas. Más tarde le dijeron que querían enseñarle un lugar secreto que ellos tenían.

Le llevaron al lado del río, donde había un pequeño agujero. Era la entrada de un túnel, por donde se metieron. Él entró el último. Recorrieron un tramo con partes estrechas, las paredes estaban pintadas con símbolos desconocidos, como si se tratara de una lengua extraña. A medida que avanzaba el ambiente era más calido y la poca luz hacía que el lugar pareciera extraño. Por fin, llegaron a una pared que ponía: "aquel que entre en el túnel del arroyo, tendrá que meter a otra persona en el túnel; entonces descansará en paz". Creía que era una broma y salió de aquel túnel riéndose, pero Alex y Daniel se habían ido. Enfadado, regresó al pueblo andando.

Cuando llegó a casa, la abuela estaba llorando y gritando, rodeada de personas. Asustado, intentó calmarla y consolarla, pero ella parecía que no le veía y él no podía tocarla. Todos salieron y tomaron el camino hacia el cementerio. Al llegar, vio a toda la familia de negro, llorando sobre una tumba. Se acercó gritando y desesperado a ellos, pero no le sentían. Pablo se arrodilló llorando, intentando abrazar los pies de su madre, pero le llamó la atención una cosa: rápidamente se volvió y vio una tumba y contempló horrorizado: *Pablo, dieciséis años, murió ahogado en el río.*

Desde entonces Pablo espera encontrar a un muchacho al que pueda convencer para introducirse en el túnel.

Todos tenemos miedo

M^a del Carmen Rochina Castillo [14 Años]

Aulas Hospitalarias Fundación Hospital de Alcorcón (Madrid)

¿Qué es el miedo? Todos en algún momento de nuestras vidas nos lo hemos preguntado y si no es así, piensa cual puede ser el significado del miedo. El miedo es algo difícil de explicar, pero sí es fácil de sentir en momentos determinados de nuestras vidas. Todo el mundo tiene miedo a algo, es imposible no tener miedo. Puede ser miedo a los animales, a la oscuridad, a los aviones, en fin a cantidad de cosas que sería incapaz de enumerar y nombrar. En resumen: el miedo es incontrolable, no tener miedo es algo imposible pues si eres un ser humano debes tener miedo a algo. Os lo confieso: yo desde pequeña he tenido miedo a los hospitales y todo relacionado con ellos; enfermeros, inyecciones, análisis etc... Aquí os voy a contar cómo superé mis miedos poco a poco y con mucha paciencia. Esta es mi historia, la cual me ha hecho fuerte y me ha ayudado a saber valorar muchísimas cosas que antes apenas apreciaba.

Día 7 de noviembre del 2008 amanecí con un dolor muy intenso en la tripa exactamente en el lado derecho, al principio no me asusté pensé simplemente que sería un dolor menstrual, tenía que ir a clase pero no me encontraba del todo bien, se lo comen-

té a mi madre y la pedí por favor que me dejase faltar la primera hora de clase para ver si me encontraba un poco mejor. Mi madre me dejó y me dio una pastilla para que se me pasase el dolor. Pasó una hora y el dolor aumentó, me retorció de dolor, lloraba de sufrimiento, no podía más y me sentía inútil, tenía miedo, sí, tenía miedo a ese dolor, nunca me había dolido tanto y en ese lugar determinado. Mi madre no podía verme así, por lo que decidió llamar a mi médico y pedir cita. Nos fuimos para el ambulatorio de inmediato y nada más llegar me recibió mi médico rápidamente. Yo no podía ni andar del dolor, era insoportable. Me estuve mirando mi médico la tripa y dijo que posiblemente podía ser apendicitis pero que a lo mejor también era de la menstruación o una infección de orina; nada estaba claro. Me mandó hacerme una prueba de orina y cuando se la entregué la examinaron con rapidez y descartaron la infección. Me mandaron hacer un análisis de sangre al hospital de Alcorcón, cuando oí que me tenían que sacar sangre me quería morir; nunca en mi vida me habían sacado sangre, tengo dieciséis años y nunca me habían sacado sangre. Otra vez tuve esa sensación que nos recorre fríamente el cuerpo, algo llamado miedo. Fuimos al hospital, a urgencias. Me atendieron muy rápido me llevaron en una silla de ruedas hasta pediatría, una vez allí me estuvieron tocando la tripa y llegó la hora de mi análisis de sangre, me tumbaron, sinceramente: estaba muy asustada, con sólo pensar en ese pinchazo, me mareaba. Una doctora me agarró la mano y me dijo que me relajara que no era nada. En un minuto ya me habían sacado sangre y además me habían puesto una vía para ponerme suero, antibióticos etc. Me dejaron en observación unas cuantas horas y el dolor no remitía, seguía retorciéndome. Para descartar que fuese una apendicitis me hicieron ecografías y no detectaron apendicitis, pero me di-

ieron que el intestino estaba demasiado inflamado por eso me dolía tanto, una gran parte estaba inflamada no se sabía el por qué, pero era algo grave. Me ingresaron y me hicieron muchísimas pruebas, no podía comer nada de nada, sólo podía estar con suero, perdía muchísimo peso, necesitaba comer. Poco a poco me dieron dietas semilíquidas, cosas suaves para ver como lo toleraba mi intestino. Me sentaba bien la comida, gracias a dios. Después de medio mes ya me diagnosticaron la enfermedad de Crohn, la cual me afectó al ileon, una parte del intestino. Me dijeron que esa enfermedad la tiene mucha gente. Simplemente tengo que tomarme mis medicamentos durante toda mi vida porque es una enfermedad crónica la cual me acompañará toda mi vida. Entonces no sentí miedo: sentí pánico.

Pero en esos dieciséis días que estuve ingresada me hice muy fuerte y valiente, ya no me daban miedo ni las agujas ni los enfermeros, nada de nada. Me hicieron tantas pruebas que ya nada podía conmigo. Todos los médicos, enfermeros, auxiliares... se portaron fabulosamente. Por fin llegó el día me iban a dar el alta por la mañana, pero tuve la mala suerte de que me subió la fiebre a 39.4 y con esa fiebre tan alta no me dejaban irme a mi casa. Me dieron una pastilla para que se me bajase la fiebre y cuando pasaron unas cuantas horas la fiebre remitió y me dejaron marcharme a mi casa. Me despedí de todos con mucha pena les iba a echar muchísimo de menos. Pasé ocho días en mi casa y durante esa semana no tenía hambre, perdía cada día peso, tenía fiebres altísimas, hasta perdí el conocimiento. Ahí ya fue cuando me llevaron otra vez al hospital. Me sentía débil, inútil, sin ganas de nada. Sinceramente solo tenía ganas de morirme ya no tenía fuerzas, ni ánimos. Mis padres no podían verme así sufriendo tantísimo. En urgencias me sentaron de nuevo en una silla de ruedas y me

atendieron rápidamente, se repetía otra vez la misma historia. Aquel siete de noviembre a mi me daba igual que me pinchasen, todo me daba igual, solo quería ponerme bien y estar otra vez como antes, pero todo se complicó, en el lado izquierdo de la tripa se me creó una infección la cual había que quitar de ahí de inmediato. Me hicieron otra vez muchísimas pruebas, la cosa se estaba poniendo muy, pero que muy fea, vomitaba todo el rato y para que no vomitase mas me pusieron una sonda nasogástrica de la nariz hasta el estómago. Después de tantas pruebas y tanto sufrimiento, dolor y miedo, me ingresaron de nuevo. Cuando me vieron todas las enfermeras de allí se quedaron asombradas, y todos me decían:

– Carmen, nos echabas de menos ¿eh? y por eso estás otra vez aquí ¿eh?

Me animaban mucho, la verdad, son todos espectaculares. Bueno, todavía estoy aquí en el hospital con muchísima paciencia esperando a que sea mañana para que me hagan la prueba definitiva, la que me dice si me tienen o no que operar. La verdad es que si me operan estoy preparada. Lo he pasado muy mal y, por desgracia me salieron muchas cosas mal, pero bueno, tengo fe en que me voy a poner bien, y que dentro de nada voy a estar fuera. Llevo mas de un mes aquí y la verdad es que estoy a gusto, todos los que estamos ingresados sabemos que estaríamos mejor en casita con nuestra familia y todo eso, pero bueno no nos podemos quejar, si tenemos que estar ingresados es por algo no es un capricho de los doctores ni de nuestros padres. Lo fundamental es nuestra salud y todos quieren lo mejor para nosotros así que paciencia y muchísimo ánimo. Merece la pena esperar, ya lo veréis. Y si tenéis miedo a algo por pequeño que sea, no os

preocupéis, ya veréis como poco a poco lo iréis superando como yo lo he hecho: con un poco de valor, una pizca de paciencia, y muchísimos ánimos.

¿Qué es el miedo? Os seré sincera: no podría explicarlo pero lo que si sé es que yo he podido superarlo, vosotros también. Nunca perdáis la esperanza, luchad por vencer vuestros miedos.



[Handwritten signature]

El miedo

Raquel Ferrer Peña [14 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínic de Barcelona

Miedo. ¡Tengo miedo a tantas cosas! Ya no soy aquella niña pequeña que se asusta si la dejan sola en casa, no me dan miedo los fantasmas, vampiros, brujas y otros espíritus que solían visitar por las noches mi cama. No me espanta la oscuridad, ni los cementerios y ruidos del espeso bosque.

Tampoco soy adulta. Aún no me atemorizan sus problemas. Escucho, pero no entiendo por qué les intimidan tanto el trabajo, la bolsa y acciones, la crisis, el desempleo, las nóminas y cuentas de fin de mes, las compras, lo que los demás piensen de ellos, el quedar bien delante de otra gente o aparentar ser quienes no son. Tampoco comprendo los celos, las comparaciones odiosas, las rivalidades y la continua lucha en la que se ven metidos involuntariamente por el simple hecho de pertenecer a la sociedad.

Para mí es una sensación que te aporta algo angustioso en un momento determinado de tu existencia, y te influencia en mayor o menor modo según tu estado anímico.

¿Qué me asusta? Me inquieta imaginar una vida sin mi familia,

amigos y las personas que más valoro y dan sentido a mi entorno. Quienes me equilibran y estabilizan.

Se me mete el corazón en un puño sólo con pensar que todo aquello que estimo algún día me va a dejar, para seguir el destino que le ha sido marcado, y yo deberé aceptarlo y proseguir con mi rutina, lejos de su calor y compañía.

¿Cómo hacerse a ésta dura idea? Creo que nadie nace enseñado y se aprende con el paso del tiempo y la experiencia, que te fortalece.

Sé que soy una chica afortunada porque siempre ha habido alguien dispuesto a ayudarme cuando creía que por mí misma no me podía levantar, y tengo dicha también por vivir en el país donde resido. Soy consciente de que si hubiera nacido en otro lugar las cosas serían distintas, seguramente los errores que he cometido los hubiera pagado muy caros y no se me darían las oportunidades que aquí hay para volver a aprender.

Es por eso que tengo miedo a que el territorio se empobrezca, se deteriore, a que los ciudadanos bajen su nivel de vida y haya más problemas o delincuencia.

Habito en la Tierra y me sobresaltan las incesantes noticias de conflictos en que se encuentra sumergido el mundo, las guerras... ¿De qué sirven? Detrás de ellas se hallan intereses necios y palabras vacías que sólo buscan destrucción y la separación de millones de individuos.

Aunque sea joven y tenga pocas responsabilidades, mis preocupaciones periódicas, que resultan simples para los ojos de mis progenitores y no le dan significación alguna, para mí son de gran valor y paso mucho tiempo buscando soluciones o cavilando.

Es curioso que demos por cierto que nuestros apretones influyen en el resto, cuando la realidad es bien distinta: el mundo sigue igual, ajeno a nuestros dramas individuales, gira sin molestarse en recapacitar sobre nuestras reflexiones cargadas de agonía.

Hay muchos más temas de los que hablar; por tanto, millones de tipos más de miedos. Si algo he aprendido es que todo tiene doble cara, según como lo mires, algo te puede parecer positivo o negativo. Sin embargo, quiero dejar aquí impreso mi temor más grande, que actúa de forma contradictoria a la vez como una magnífica virtud: el miedo a vivir sin ser feliz. Ver que los días transcurren pero que esa alegría con que brillaban tus ojos cuando eras joven y no tenías miedo a soñar ni reprimías tus pensamientos o ideas por locadas que fueran, se apaga. Que disminuyen tus proyectos y no encuentras un sentido por el cual vivir. Eso me da miedo, y es a la vez el comprobante que me informa de que yo aún no me he desinteresado, que aunque a menudo pierda el rumbo, tengo una fuerza interior que me empuja hacia adelante. Por mis parientes y conocidos. Por mí.

Porque el miedo es un compañero que nos persigue a cada segundo, hasta nuestro último suspiro. Porque como aceptamos el nacimiento o la muerte, debemos aprender a convivir con el temor, aunque nunca se pueda eliminar no debemos dejar que nos sobrepase. Porque nuestro miedo es parte de nuestro ser.



Por favor, ¡basta ya de horror!

Nuria Folguera Blasco [17 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínic de Barcelona

El miedo es un sentimiento que todas las personas hemos vivido alguna vez, pero de forma desigual; es decir, el miedo lo podemos sentir en diferentes grados, ya sea desde un pequeño temor hasta llegar a convertirse en una fobia u horror. Y es que realmente, sea en el grado que sea, el miedo nos limita en pequeños (o mayores) ámbitos de nuestras vidas y, si no lo afrontamos, éste va creciendo y se extiende por todos los terrenos. A continuación, voy a explicároslo un poco mejor con un caso concreto. Para poder narrarlo con más conocimiento y exactitud, os citaré la pesadilla que muchas otras compañeras y yo (y, seguramente, cantidad de adolescentes) vivimos a diario y por la cual, nos encontramos en el departamento de trastornos alimentarios del Hospital Clínic de Barcelona.

Al principio de la enfermedad, empezamos a preocuparnos por nuestra imagen, haciendo evitaciones con la comida. Estas evitaciones van creciendo y se convierten en prohibiciones. Cuando éstas llegan a nuestras vidas, empiezan los temores (el grado de

preocupación por el aspecto físico es muy elevado y de importancia caudal para nosotras). Este proceso va agigantándose muy rápidamente, limitando cada vez más nuestra vida y haciéndola invisible. Cosas tan comunes como mirarse al espejo, subirse a una báscula o salir a la calle son retos imposibles en muchos de los casos, y la solución más común es el aislamiento. Finalmente, llegados a este punto, el único deseo es la muerte, ya que hemos perdido toda ilusión y carecemos de ganas de vivir.

Bajo mi punto de vista, creo que es totalmente ilógico que unos adolescentes, que tendrían que vivir con gran alegría y sin preocupaciones (ya vendrán más adelante), tengan que sufrir este tormento. La pesadilla diaria a la que nos afrontamos no tiene razón alguna, solamente, un miedo que hay que superar. ¿No merece la pena intentarlo? Sin duda alguna digo que sí, y con este escrito animo a todas mis compañeras (que sólo son chicas) y a todas aquellos/as que se puedan sentir identificados/as a seguir con el proceso, que es costoso y lento, pero que al final, una vez vencida la enfermedad, es muy gratificante porque te sientes una persona libre y feliz, sin ningún miedo, terror, pánico, fobia... que limite tu vida.

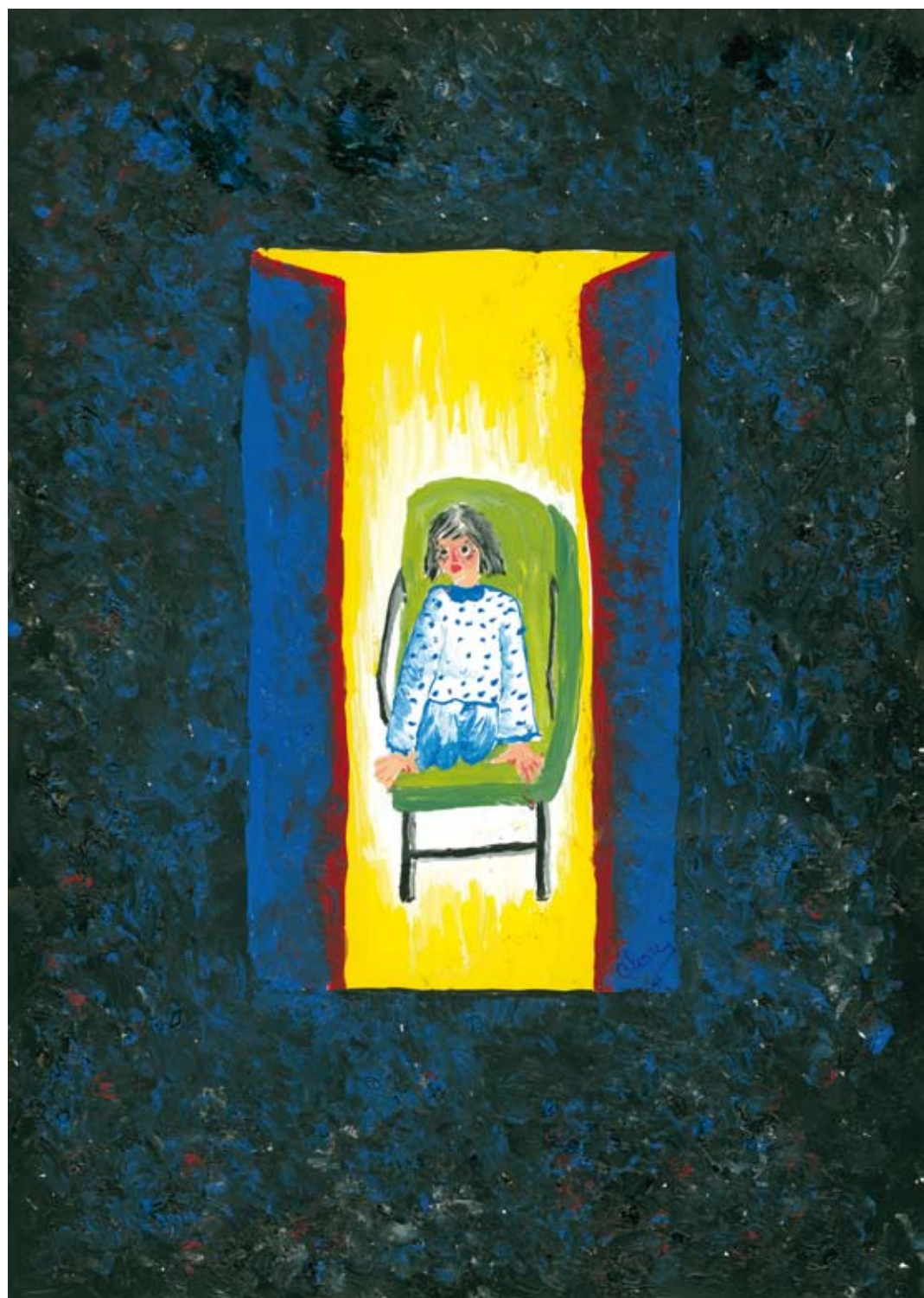
Por último, y generalizando para todas las personas que tengan temor alguno, decirles que no existe razón lógica para tenerlo, que deben afrontarlo y superarlo, para terminar el proceso sintiendo un gran bienestar y una libertad plena. El miedo, hay que apartarlo de nuestras vidas y dejarlo sólo para las películas, que son pura irrealidad.

Ya para concluir, manifestar un deseo que espero, de todo corazón, que muchas personas puedan alcanzar.

Deseo que cada gota de temor
se convierta en una de sudor,
para salir de esta enfermedad,
que es una gran maldad.

Y que todo este tormento
haya servido de cemento,
para iniciar una vida mejor
sin ningún horror.

Basta ya de sufrir,
llegó el momento de vivir.



Eso sí que es miedo

María Martínez López [14 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario "Santa María del Rosell" de Cartagena (Murcia)

Acabo de cumplir catorce años y en muchas ocasiones he dicho sentir miedo, pero la verdad es que no era del todo cierto. Para mí enfrentarme a un examen difícil o salir a la pizarra me despertaba esa sensación. Pero todo ha cambiado.

Hace un mes, vi verdaderamente el miedo reflejado en la cara de mis padres y ese sentimiento se fue apoderando de mí, llegando al máximo el día en que entré en el quirófano para operarme de una tumoración en el hueso maxilar.

La noche anterior apenas pude dormir.

Por la mañana, mi madre me vistió con una bata verde de papel y tanto ella como mi padre, con una sonrisa forzada me acompañaron al quirófano.

Mi corazón latía muy deprisa.

Un sudor frío recorría todo mi cuerpo, y mi boca estaba seca, como si hiciera mucho que por ella no hubiera pasado el agua.

Esas sensaciones fueron a más cuando golpeé con la camilla la puerta del quirófano y me encontré allí.

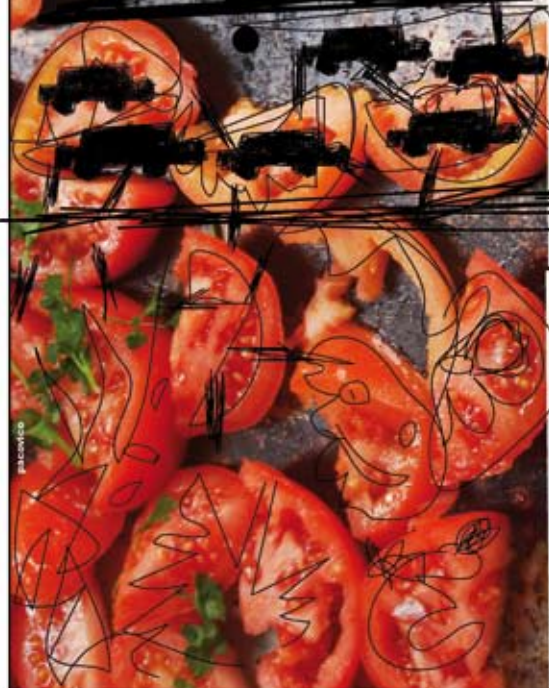
Sentía un nudo en la garganta y un temblor se apoderaba de mí sin poder controlarlo. Nunca había experimentado eso en mi cuerpo.

Se me acercó alguien muy amable y me preguntó cómo me encontraba, y respondí que bien pero que tenía un poco de miedo. Eso sí que era miedo.

Miedo a lo desconocido, a que va a pasar, a cómo estaré mañana... en fin un montón de cosas que nunca habían pasado por mi cabeza.

Desde ese momento, no voy a decir que tengo miedo a situaciones que lo único que me producen es intranquilidad.

Porque para miedo el de aquel día que nunca voy a poder olvidar.



Mi calle

Beatriz López-Ayllón Pariente [17 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Infantil "Niño Jesús" de Madrid

Cuatro paredes de un apagado color crema vagamente pintados, una cama, una puerta... Esto y una cabeza ejerciendo de dinamita sobre mis hombros es todo lo que aquí, ahora, en este sitio y en este mismo momento tengo.

"Me encuentro mal", "ya he comido fuera", "estoy demasiado cansada, me voy a dormir"... viejos cuentos que servían para evadir al enemigo. Ese ser que, por lo que sea, te domina con sólo dejarse ver, te atormenta por el día y durante la noche, se apodera de ti, hace que pienses, que ideas, que te transformes y hagas cosas de las que ni te veías capaz, cosas de las que quizás, en algún lejano momento te habías reído.

Así es él...o ella: *PODEROSO* hasta límites insospechados.

Mentiras, mareos... Ahí sigue atormentando, luchando por ganar su batalla, reduciéndote a escombros cuanto puede, hasta que un día recibes una guardia que se pone de tu lado y lucha por ti, entonces empieza aquí... *La Gran Guerra*.

Y aquí estoy, en esta *mazmorra*, en medio de una batalla de la que no se de qué lado ponerme. Paso el día deliberando, buscan-

do respuestas a preguntas no formuladas, sacando lágrimas de donde me gustaría sacar sonrisas, y termino por pensar en lo que dice una canción: "ya no sé si el mundo está al revés o soy yo el que está cabeza abajo".

¿Fueron erróneas las instrucciones que me dio aquella mujer en la parada del autobús, cuando bajé la ventanilla y pregunté la dirección de la calle *Tranquilidad y Estabilidad*?

Quizá, ahora que lo pienso puede que ella me dijera exactamente cómo llegar, e incluso que casi me llevara de la mano, pero cuando me indicó a la izquierda, debí tropezar hasta llegar a lo más profundo de aquella calle sin salida, situada justo en el lado contrario.

Y en esa calle es en la que me encuentro, ahora ya acostumbrada e, incluso, acomodada en ella, aunque a veces haga frío y la soledad la inunde por completo, aunque a veces esté tan oscura que no pueda ni moverme porque, al hacerlo, sólo consigo chocar, aunque a veces parezca la peor de las calles... Es *mía* y estoy bien en ella.

Aunque a veces sienta miedo cuando pienso en intentar salir de aquí, y veo tantas rocas, vertederos volcados, tantos baches en la acera que, cada vez que adelanto un pie y comienzo a andar para irme, pierdo el equilibrio y me caigo. Me asustan más esas caídas y la vida fuera de mi calle que quedarme en ella.

Hay gente para todo, gente que lanza una cuerda desde la otra calle y te grita con seguridad y ánimos que si te agarras a ellos, tirarán tan fuerte desde el otro lado que con que sólo te concentres en colocar bien los pies para no resbalarte, conseguirás salir de tu calle. Y gente que piensa que si has escogido esa calle, ha sido elección propia y ahí debes quedarte si así lo deseas.

Lo que no saben es que esa calle quizás fue un error y que ni siquiera sabes cómo llegaste allí, que tampoco sabes si te gusta, si te quieres quedar, si quieres salir corriendo pero te caes cuando lo intentas. No saben las sensaciones que provoca esa misteriosa y escondida calle, la cantidad de esperanzas que crea en ti, en tu vida, la cantidad de lágrimas que te hace derrochar. Todo junto, como si la calle y tu cabeza se volcaran en un recipiente y fueran fundidos con una batidora tan potente que lo dejara tan sumamente unificado que no hubiera manera humana de separarlos.

Y entonces la única sensación que te queda es miedo. Miedo en cualquier calle.



Miedo a perderlo todo en tres segundos

Matilde Klinkhart [15 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario "Santa María del Rosell" de Cartagena (Murcia)

Todo sucedió el 31 de octubre de 2008 a las siete menos diez de la tarde. Pese a que ese día no me encontraba especialmente bien, había quedado con unas amigas para ir a buscar unos complementos con los que darle el último toque a nuestros disfraces de aquella noche, en la que teníamos varias fiestas por delante. Yo, tras encontrar lo que quería, decidí ir a mi casa a relajarme un ratito más, antes de volver a quedar en casa de un amigo para cambiarme. Como vivo un poco alejada del pueblo, tengo una moto, de 49 cilindradas, que me sirve como medio de transporte para tener un poco más de libertad. Aunque nunca me han hecho mucha gracia las motos en general, debo admitir que estaba disfrutando mucho de ella. Como era la noche de Halloween había más tráfico de lo normal, mucha gente conduciendo como loca y yo ilusionada por la noche que tenía por delante. Me di cuenta al conducir por mi ruta habitual, que delante de mí tenía a un hombre que conducía un todo terreno mientras hablaba por teléfono, por lo que iba poco concentrado en la carretera... Cuando

llegamos a un cruce en el que se pueden coger dos direcciones distintas para llegar a mi casa y en el que siempre suelo girar a la derecha, ya que aun siendo el camino más largo es bastante más seguro, estaba deseando que el de delante siguiese recto, pero como al parecer no era mi día de suerte, el coche giró hacia la derecha. Yo eché una maldición por lo bajo y decidí seguir recto pensando que iba a tener menos peligro si no seguía al 4x4. Tenía por delante una gran recta y a unos quinientos metros una rotonda. Yo no suelo ser una de esas conductoras locas; suelo llevar cuidado, siempre llevo un casco integral amarrado y aunque a veces le dé un poco al puño no suelo ir excesivamente rápida. Cuando circulaba por esta recta, me fijé en que a uno de los lados habían montado un gran circo, me fijé un momento en la carpa y, cuando volví a mirar hacia delante, ya era demasiado tarde; tenía un coche delante que parecía que había reiniciado la marcha después de estar parado, e iría a unos 10 km/h y yo, sin darme cuenta del estancamiento, iba a una velocidad normal, de unos 50 km/h, y cuando intenté frenar, ya estaba tirada en el suelo...

Lo primero en lo que pensé fue en que me había quedado parapléjica, entonces me ordené mentalmente que moviese los pies y los brazos y me di cuenta de que todo estaba más o menos en orden. Poco a poco, empezaron a acercarse las personas y yo al principio pensaba que me encontraba en perfecto estado, por lo que me quité el casco aun cuando la gente me gritaba que no lo hiciese. Tras unos minutos llamaron a mi madre y a la ambulancia, pero a partir de ese momento ya no tenía en claro lo que ocurría, veía todo borroso y hasta que no vi el rostro de mi madre no pude tranquilizarme. Me encontraba tan mal que seriamente pensaba que eran mis últimos minutos. Cuando me subieron en la camilla a la ambulancia se me pasaron por la cabeza muchas

cosas. Me centré en pensar en las personas que quería y en los tantos buenos momentos de mi vida y fue entonces cuando me entró ese tremendo miedo; miedo de no volver a ver a mi familia y amigos, miedo a no volver a poder ir al instituto nunca mas, miedo a no poder realizar ninguno de mis sueños, muchos miedos distintos pero cada uno peor que el anterior. Sentí tal terror que ya no podía ni respirar.

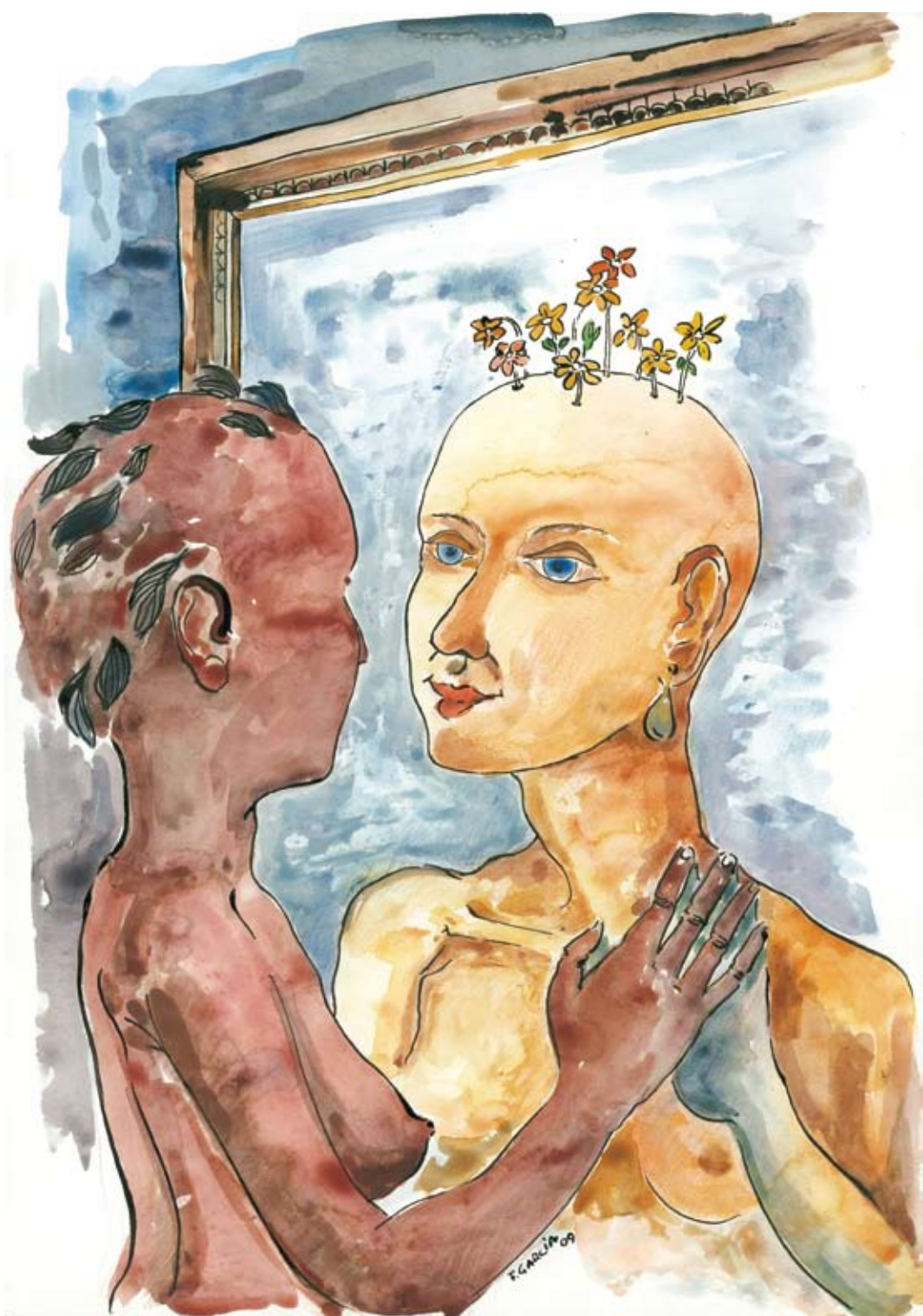
Tras revisarme en la sala de urgencias de mi pueblo, los médicos dedujeron que era algo más grave y tuvieron que enviarme, de nuevo en ambulancia, al hospital Santa María del Rosell. En este centro hospitalario me hicieron todas las pruebas necesarias para saber cuales eran los daños. Me enviaban de un lado a otro para hacer un scanner tras otro y tras una larga noche se supo que no tenía nada *tocado* en el cerebro, aunque sí los huesos, cubito y radio, del brazo derecho rotos y también la mandíbula fracturada en tres zonas distintas....

El sábado por la tarde me ingresaron y tres días después me realizaron la operación de mandíbula, en la que me introdujeron varias placas y tuercas de titanio que llevaré toda mi vida...

Esto lo escribo en la cama de mi habitación en la que sigo ingresada hasta el jueves, día en el que me dan el alta y aunque pueda ya estar en mi casa, sigo levemente deprimida ya que las próximas cinco o seis semanas no podré llevar a cabo mi vida como antes, aunque estoy muy agradecida de poder recibir visitas de los que quiero... hasta que en unos meses vuelva a tener mi vida normal, como si no hubiese pasado casi nada, aunque valorando más lo que tengo.

Si en la noche de mi accidente no hubiera llevado el casco integral bien enganchado con la correa, no hubiese podido escribir

la historia y aunque se me haya roto la mandíbula, no tienen comparación las semanas de dolor con mi propio funeral por no haberme protegido bien la cabeza.



El temor de mi tumor

Miriam Vázquez Pérez [15 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital Ramón y Cajal de Madrid

Treinta de noviembre del dos mil siete, un año aparentemente normal. Un gran dolor se situaba en mi pierna impidiéndome andar correctamente, me dirigía hacia urgencias en el hospital, con objeto de sacar alguna conclusión.

Me encontraba sola y desesperada en una sala oscura con un simple ordenador y una sola camilla; el miedo me recorría todo el cuerpo, veía algo que me impedía salir de allí.

De repente, una sospechosa mujer con bata blanca aparecía para realizarme la prueba, el sudor era lo único que se apreciaba en mi rostro en conjunto con mi cara de desesperación y terror al resultado.

Salgo de la sala y me acerco a mi madre contándole todo lo ocurrido allí, en esa sala oscura. Me tranquilicé gracias a las palabras de armonía que me había dedicado mi madre.

Después de un tiempo, la doctora sale y pronuncia mi nombre de una forma frustrante, me acerco a ella y me manda pasar dentro de la consulta; allí comenzó lo peor de la historia; me mandó directamente al traumatólogo (doctor especializado en huesos).

Deciden ingresarme; el mundo me cae encima, todo me parece horrible, decido tranquilizarme o todo será peor.

Mi estancia allí fue de seis días, pensando que habían sido los peores de mi vida, llega de nuevo el doctor y me dice:

– Tendrás que marcharte a Madrid para llevar a cabo una serie de pruebas y tratamientos.

Eso rompió los esquemas, tanto los míos como los de mi familia y amigos.

Mi viaje a Madrid fue eterno, sólo pensando que me esperaba más tiempo en un hospital.

Me hicieron una serie de pruebas, en las que en algunas lo pasé mal. Fui a quirófano para que me realizaran una biopsia. Me mandaron a casa, y me dijeron que después de las navidades me darían el diagnóstico.

Unas navidades pesadas, un poco tristes y con miedo al teléfono; sólo pensar en el sonido de ese aparato me atemorizaba. Sueña el teléfono, mi corazón a mil por hora, latiendo fuertemente... era del hospital, mi diagnóstico ya se sabía. ¿Qué era?, pensé. Al momento mis padres entre lágrimas dijeron:

– Un tumor.

La verdad, no se si me dolió más el ver a mis padres destrozados por el resultado o la noticia en sí; imagino que el tener que dar una noticia así, a nadie es grato y menos a tus hijos.

No pensé en hundirme, jamás pasó eso por mi cabeza, lo único que quería era salir y olvidarme de esa pesadilla, no quería rendirme y nunca lo pensé. La enfermedad no manda en ti, tú mandas en al enfermedad.

Llevo un tratamiento de quimioterapia, sí, sé lo que imagináis: es duro, difícil, pero superable, siempre superable.

Tuve que pasar tres veces por quirófano, la anteriormente contada, y dos más: una punción lumbar y (la más fuerte hasta ahora) una operación para extraer el tumor, pero no sólo eso, hubo que succionar el peroné, nervio ciático de rodilla para abajo y también músculos afectados, pasé cinco horas allí metida: un quirófano, donde cuando entras todo el mundo está de verde, y antes de dormirte, lo único que ves y recuerdas es una gran luz blanca encima de ti y mucha gente alrededor.

Setenta y dos grapas en la pierna; veías una pierna delgada y sin forma, rodeada de grapitas y con una especie de cable que salía de la parte de abajo; yo, asustada, no pude evitar el preguntarle al doctor qué era todo eso y sobre todo una de las grapas que había en una sola esquina; él me contestó de forma que yo entendiera todas las respuestas.

Ya más tranquila y realmente despierta después de la anestesia, comencé a entender realmente toda la operación, había pasado mucho tiempo en quirófano, más luego todo lo de la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), que no había sido poco, cinco horas más.

Todo ha sido un poco escalofriante, pero como dije antes, superable.

He pasado por seis ciclos de quimioterapia antes de la operación. Eran intensos, día y noche durante tres días; duro y a la vez muy cansado. Tras la operación he llevado otros seis, más dos que me quedan y espero que, cuando leáis esto, ya tener superados; estos últimos son bastante más suaves a la hora de los

efectos secundarios, pero aún me quedará un injerto, debido que mi herida tras la operación pasada, no me ha cerrado debido al tratamiento tan fuerte que me ponen.

Pero sé que no será nada y que tendré toda la ayuda que necesito, y así podré contar alguna historia más parecida a ésta, pero no en la mitad del tratamiento, sino ya finalizada toda esta pesadilla, porque esto es una historia de terror, que se que algún día acabará, y todo saldrá perfectamente.

Pero no quiero haceros pensar que esta historia medio terrorífica, sólo ha tenido cosas malas, porque en realidad os estaría mintiendo, he pasado muy momentos buenos, tantos o más que malos.

He conocido a gente maravillosa que me ha ayudado a no abandonar mi lucha, seguir confiando en mi fuerza y acabar triunfando contra la enfermedad.

Jamás me he acomplejado, incluso han pensado que estaba de broma debido a mi sencillez para contarlo, no hay nada mejor para superar una enfermedad que aceptarla.

Pasé bastante tiempo en una silla de ruedas, he utilizado muletas, e incluso he estado en la cama algunos días sin moverme, pero todo eso ha sido recompensado al volver a andar, ahora recuerdo con ilusión mis primeros pasos con quince años, una anécdota más.

Sé que nunca me voy a olvidar de esta etapa de mi vida, pero tampoco quiero. No me arrepiento de nada de lo que ha pasado, ya que la enfermedad apareció sin tener porqué. Al menos aproveché la ocasión y conocí a gente nueva, y, me creáis o no, me llevo amistades. He intentado apoyar a mis compañeros, porque

hemos compartido veinticuatro horas al día, siempre con esperanzas.

Y no me puedo marchar sin antes decir una frase que de verdad llevaré a cabo:

Saldré adelante por los que por desgracia quedaron atrás.

Después de todo esto aprendes a valorar más la vida, las mínimas cosas que nos regala el mundo, y nunca nos parece mucho, nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Para toda la gente que sufre una enfermedad así, o cualquiera similar, ¡ánimo!



A través de la ventana

Begoña Cano Alcolea [16 Años]

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario "Morales Meseguer" de Murcia

Todos conocemos el miedo, esa sensación de alerta o angustia por algo que tememos que se produzca, ya sea real o imaginario. Todos conocemos esa situación de temor en la que nadie puede hacer nada para arreglar tu mal, que te persigue, rompe tus esquemas implantando el temor en tu mente, inhabilitando tu capacidad de pensar, dejándote terriblemente indefenso.

Poco a poco, la luz del día fue inundando la habitación, desterrando la oscuridad de la noche, dejando ver una habitación de hospital amueblada con dos camas y con sendos sillones para los acompañantes. Disponía también de un baño y una cortina que cumplía la función de separar las dos camas.

Mi cama estaba junto a las dos ventanas, y la de mi compañera Ana estaba junto a la puerta. Me llamo Thais soy una joven de 16 años, mi pelo es liso y rubio, mis ojos son verdes. La noche anterior había ingresado en el hospital dado a que tenía un virus y los doctores habían considerado que era mejor para mi salud tenerme unos días ingresada. Aún dormía cuando los médicos comenzaron hacer la revisión de la mañana. Cuando abrí los

ojos, encontré que mi madre ya estaba despierta y que no había podido descansar mucho en el sillón.

– Buenos días Thais, ¿qué tal te encuentras esta mañana?, ¿te sigue doliendo la cabeza por la fiebre? –No pude evitar sonreír ante su mirada risueña, siempre lo consigue: cuando alguien se encuentra mal, ella le muestra su mejor sonrisa y es muy difícil no contagiarse de ese buen humor. –Veo que sonrías; eso está bien, sobre todo para estar en este sitio.

– Sí, sobre todo para estar en este sitio – suspiré. Odiaba los hospitales, no es que no admirase la labor que realizaban sino que yo era extremadamente patosa y cada dos por tres teníamos que hacerle una visita al doctor. La situación había llegado hasta tal extremo que me daba pudor ir al médico. Pero nunca había estado ingresada y no tenía intenciones de repetir sólo quería salir de allí lo mas rápido posible.

– ¿A qué viene esa cara tan larga?... Si no la cambias no te daré tu sorpresa. –Dijo mientras miraba por la ventana

– ¿Qué sorpresa? ¿Mamá de qué estás hablando? –llevaba toda la noche a mi lado, yo pensaba que la única sorpresa podía ser el alta y eso era prácticamente imposible.

– Ven, aquí donde estoy yo, y lo verás –Me levanté de la cama tan rápido como pude y me dirigí junto a ella. –¿Qué es lo que tengo que ver?

– Mira en la ventana de enfrente, ¿lo ves?

Y entonces lo vi. Pude ver lo que la oscuridad de la noche había ocultado, un pequeño cartel de tamaño A4 que decía "os quiero", estaba hecho a mano, cada letra pintada de un color diferente, lo cual le daba un carácter muy juvenil y alegre.

– Son los del trasplante de médula –explicó Ana, mi compañera. No había hablado con ella desde la noche anterior; tenía alrededor de 24 años e iba a ser operada de una pierna- Viven en la burbuja durante meses, sin contacto alguno, sólo con una persona que los acompaña. Uno de ellos puso el cartel. A mí también me llamó la atención. La verdad, tiene que ser muy difícil estar *allí*.

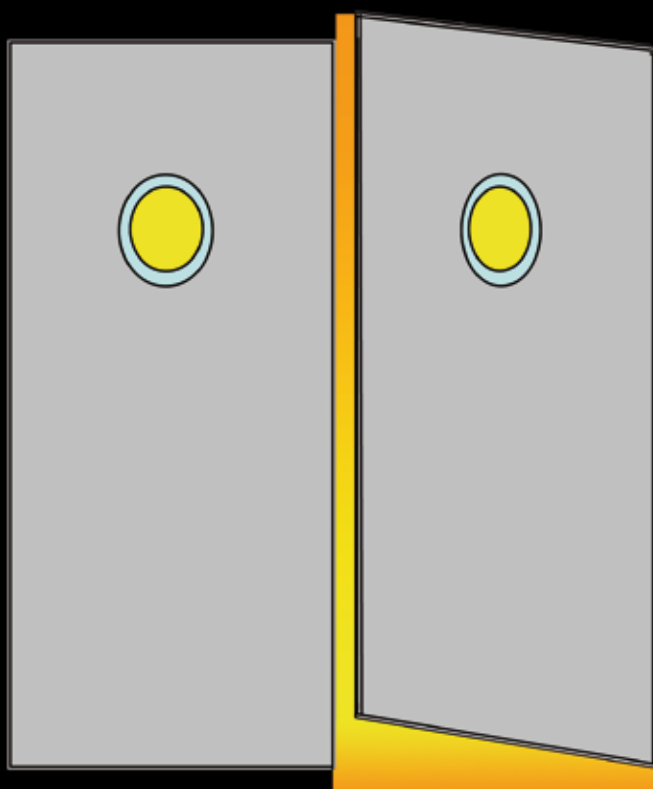
Estar *allí*: no era un día, ni dos, ni tres, eran meses. Meses en una habitación, encerrado entre cuatro paredes, las mismas cuatro paredes una y otra vez, ni un soplo de aire fresco. Daba claustrofobia nada más pensarlo, y aun así ellos estaban *allí*, no había forma de entablar contacto... ¿o quizás sí?. ¿Cómo podía comunicarme con ellos? Necesitaba saciar la curiosidad, quería darles mi apoyo. La idea surgió a lo largo de mi primer día en el hospital,; así lo haría: le escribiría carteles, igual que ellos habían hecho.

El primer día les escribí "Que os mejoréis todos". Pasó la tarde pero no hubo respuesta, lo que me causó una gran desilusión a la hora de acostarme. Pero de nuevo la luz del día me trajo la ilusión. Habían contestado "Gracias, buen día". Así, día a día, nos comunicábamos. Aquello desencadenó una serie de mensajes. Lo que comenzó como un simple saludo amistoso, acabó con la creación de un vínculo, que temía que se rompiera si dejaban de contestar. Y si se cansaban, yo no podría hacer nada, y eso me dolería. Pero la cadena que se había desarrollado era más grande de lo que yo podía haber imaginado. Mis familiares me ayudaban a hacer carteles, casi no entraba luz por las ventanas, día tras día me levantaba con el temor a que no hubiesen contestado... ¿y si se iban? ¿Y quiénes eran?

Un día mientras paseaba por el pasillo, me detuve a mirar los carteles y una joven me preguntó si era yo quien los escribía. Le dije que sí. Entonces me contó que su novio estaba en la burbuja y que no hablaba con él desde hacía un mes. Yo le ofrecí que pusiera un cartel en mi ventana y dijo que al día siguiente vendría. Pasaron dos días, pero la joven no vino.

Día a día yo iba mejorando, pero eso no suponía ninguna amenaza para mi comunicación con la burbuja, hasta el día en el que me dieron el alta, cuando supe que me iba. Pude oír un clic en mi cabeza, activando el terror en mi mente. Día tras día yo había tenido miedo de que no contestaran, pero ahora era yo la que se me marchaba. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y un sudor frío empezó a brotar de mí. Era yo quien los abandonaba; la muchacha no había venido para poner su cartel, pero quizás vendría después. Si les ponía un cartel de adiós sonaría como a sorna, que yo me marchaba ya, y ellos aún tendrían que esperar. Pero, si no les contestaba ¿qué pensarían de mí? No quería dejarlos, no podía, había creado un juego del que no podía salir. Un juego aparentemente inofensivo pero terriblemente cruel y despiadado. El miedo embargó mis cinco sentidos, no podía pensar con claridad, fui presa de él; las manos me sudaban; me dejé caer al suelo y cogí mis rodillas... El sentimiento de culpa inundaba mi alma, hasta que se desbordó y me eche a llorar, fui presa del miedo y aún, al recordarlo, lo sigo siendo.

QUIRÓFANO..NO...NO...NO



Aulas Hospitalarias de los relatos seleccionados

CANARIAS

Aulas Hospitalarias del Hospital Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

CASTILLA Y LEÓN

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

CATALUÑA

Aulas Hospitalarias del Hospital Clínic de Barcelona

Aulas Hospitalarias del Hospital “San Pau” de Barcelona

GALICIA

Aulas Hospitalarias Hospital “Cristal Piñoar” de Orense

COMUNIDAD DE MADRID

Aulas Hospitalarias del Hospital Infantil “Niño Jesús”

Aulas Hospitalarias del Hospital “Ramón y Cajal”

Aulas Hospitalarias Fundación Hospital de Alcorcón

Aulas Hospitalarias del Hospital de Fuenlabrada

REGIÓN DE MURCIA

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario “Virgen de la Arrixaca”

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario “Reina Sofía”

Aulas Hospitalarias del Hospital General Universitario “Morales Meseguer”

Aulas Hospitalarias del Hospital Universitario “Santa María del Rosell” de Cartagena

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2009

II Certamen Nacional de Relatos

Este libro está compuesto por los relatos presentados en el II Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo y dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias de nuestro país. Se trata de un proyecto que trasciende las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente hospitalizado pueda utilizar la palabra como refugio y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

El objetivo principal de este certamen es animar a que los alumnos de las distintas Aulas Hospitalarias españolas expresen sus emociones a través de la escritura. El tema de esta edición ha sido "El miedo". Un tema difícil, peliagudo y que los chicos y chicas que han participado, han sabido dominar y maniatar con ayuda de las palabras, ese material preciso y precioso, que ayudó a reducirlo, liberarse de sus garras y echar a volar.

